

Contemporánea

JOHN CHEEVER

¡Oh, esto parece
el paraíso!



DEBOLSILLO

John Cheever

¡Oh, esto parece el paraíso!

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Benjamin Hale Cheever

Esta es una historia para leer en la cama, en una vieja casa, en una noche de lluvia. Los perros están dormidos y se puede oír a los caballos de silla, Dombey y Trey, en sus establos, al otro lado del camino de tierra que hay más allá del huerto. La lluvia es suave y ha sido deseada, pero no con desesperación. Los colectores de agua están mediados, el río cercano va lleno, los jardines y los huertos —estamos a finales de la estación— están perfectamente irrigados. Están apagadas casi todas las luces del pueblecito que hay junto a la cascada donde, hace ya tantos años, la hilandería producía guinga.

Los muros de granito de la hilandería se alzan todavía en la ribera del ancho río y la casa del propietario de la hilandería, con sus cuatro columnas corintias, corona aún la única colina del pueblo. Podrías pensar que se trata de una aldea soñolienta, sin contacto con un mundo cambiante, pero en el periódico semanal se informa con gran frecuencia sobre Objetos Voladores No Identificados. Los que manifiestan haberlos visto no son solo amas de casa que estaban tendiendo la ropa y deportistas que iban a cazar ardillas, sino que también los vieron destacados miembros de la población, tales como el vicepresidente del banco y la esposa del jefe de policía.

Al atravesar el pueblo de norte a sur, habrás notado que hay muchos perros y que todos estaban alegres y eran, sin excepción, chuchos, pero chuchos con las marcadas características de su mezcla de razas. Puede que vieras a un poodle de pelo liso, un airedale de patas muy cortas, o un perro que empezaba

como un collie y acababa como un gran danés. Estas mezclas de sangre —esta novedad de sangre, se podría decir— les había convertido en una jauría vivaz y corrían por las calles vacías, como si llegasen tarde a una importante comida, encargo o reunión, completamente ignorantes de la soledad que, al parecer, padecían algunos ciudadanos. El pueblo se llamaba Janice en honor de la primera esposa del propietario de la hilandería.

Una de las cosas más extraordinarias del pueblo y de su lugar en la historia era que no había ninguna clase de establecimientos de comidas rápidas. Esto era realmente insólito en aquellos tiempos y podría hacerle imaginar a uno que el pueblo padecía algún tipo de aflicción, por ejemplo, una gran pobreza o una falta de espíritu aventurero entre sus gentes; pero se trataba simplemente de un error por parte de esas computadoras con cuya autoridad se eligen los locales para comidas rápidas. Otra peculiaridad del lugar era que sus grandes mansiones, reliquias de otro tiempo, no habían sido reconstruidas para que sirvieran de sanatorios a la vasta población de comatosos y moribundos a quienes se mantenía vivos, irrazonablemente, por medio de revolucionarios inventos médicos.

Al norte del pueblo estaba el lago de Beasley, una masa de agua profunda, que tenía la forma de un brazo doblado, con sus orillas densamente pobladas de árboles. Aquí había agua y verdor, y, si uno fuera un pintor del siglo XIX, pondría en primer término a una mujer encantadora montada en una mula, un poco inclinada sobre el niño que sostenía y acompañada de un hombre con un báculo. Esto le permitiría al artista titular el cuadro *La huida a Egipto*, aunque lo único que hubiese querido conmemorar fuera el desconcertante placer de un hermoso paisaje en un día de verano.

Un hombre envejecido es una cosa triste, un abrigo andrajoso puesto en un

palo, a menos que vea el brillante plumaje del pájaro llamado cardenal — *Cardinalis virginicus*, en este caso—, y, oh, cómo brincó su corazón. Pero ¿qué hacía un pájaro cardenal en la calle Setenta y ocho Este? Llamó a su hija mayor, que vivía en Janice, y le preguntó si se podía patinar sobre hielo. Su amistad era una relación sumamente práctica, caracterizada principalmente por el escepticismo. Ella le dijo que había hecho mucho frío, que no había nieve y que, aunque no había visto patinadores en el lago, suponía que estaba helado. Ella sabía que sus patines estaban en la buhardilla junto con su carpeta de Piranesi y su colección de mariposas. Esto fue un domingo por la mañana, a finales de enero, y él cogió un tren para ir a la provincia donde vivía su hija.

Se llamaba Lemuel Sears. Era, como digo, un anciano, pero aún no estaba achacoso. No haría falta ayudarlo a cruzar la calle. Era lo bastante viejo para recordar la época en que los horizontes de su país estaban dominados por los bellos olmos en forma de copa y la mayoría de las bañeras en que uno se metía tenían patas de león. Era lo bastante viejo para recordar la promesa de los viajes en dirigible, y nunca olvidaría haber entrado a paso de marcha en una de las ciudades capitales del Sacro Imperio Romano. Los repetidos bombardeos no habían dejado en esta gran encrucijada nada que se elevara por encima de la altura de los hombros de una persona. En la catedral en ruinas yacían los muertos desenterrados. Era un hermoso día de verano. Él iba armado con uno de los primeros rifles de retroceso (M1), dispuesto a matar al enemigo y defender con su vida las libertades de expresión, religión y desplazamiento.

Su hija le besó levemente. La relación entre ellos era, como digo, escéptica, pero muy profunda. Ella era hija de la santa Amelia, su primera mujer. Le entregó sus patines y se ofreció a llevarle en el coche al lago, pero él prefirió ir andando. Eran unos siete kilómetros. Llevaba un traje de ejecutivo, con chaleco, y un gorro de piel comprado en uno de los países del este de Europa

adonde había ido con frecuencia en viaje de negocios por cuenta de un fabricante de contenedores de ordenador. Su pelo blanco le crecía como la grama, y estaba bronceado como un marinero. Perteneecía a esa generación y a esa clase que consideraba los abrigos como un último recurso desesperado. Naturalmente, llevaba guantes. El lago al que iba se llamaba lago de Beasley, pero nadie parecía recordar quiénes habían sido los Beasley. El lago tenía tres kilómetros o cuatro de largo, si se tomaba la distancia de punta a punta. Parecía estar helado, pero solo había cuatro o cinco patinadores sobre el hielo, pese a que era una clemente tarde de domingo.

Mirando la escena, Sears pensó que los pintores holandeses de los siglos XVIII y XIX habían monopolizado las escenas de patinaje y, antes de que los valores del mercado artístico se volvieran caóticos, solía haber, al final de la subasta de arte, media docena de escenas de patinaje, pero Sears había visto una —un dibujo— de una época muy anterior, creía que del siglo XII, y siempre recordaba con gusto a Alan Gardener, el paleontólogo inglés cuya carrera se fundó en la tesis de que el patín —o potín, ya que este apareció antes que ninguna lengua conocida— le había dado al Homo Sapiens, como cazador, la velocidad que le permitió aventajar al hombre de Neanderthal en la competición por la supremacía. Esto sucedía hace doscientos mil años, gran parte de la tierra estaba cubierta de hielo y el potín estaba hecho con el cráneo del *Eurylaimus ochromalus* del Jurásico. Hacia el final de su carrera se reveló que la tesis de Alan Gardener era una pura invención, pero Sears encontraba perdurable la poesía de esas ideas porque la ligereza que sentía sobre sus patines parecía tener la profundidad de una experiencia antigua, y siempre había sido partidario de cualquier intento de engañar al universo académico.

Se colocó los patines y se puso en movimiento. Esto le resultaba tan natural como nadar. Le extrañó que hubiera tan pocos patinadores en el hielo y se lo

comentó a una chica. Ella era apenas casadera, tenía el pelo oscuro y pendientes de oro en las orejas y llevaba un palo de hockey como si fuera un parasol.

—Es cierto, es cierto —dijo—; pero, verá, es que no ha estado todo helado, como ahora, desde hace más de un siglo. Hace más de un siglo que no teníamos tanto frío sin nieve. ¿No es divino? Me encanta, me gusta, me encanta.

Él había oído esa misma exclamación exactamente a una amante, hacía ya tantos años que no recordaba su nombre, ni el color de su pelo, ni qué acrobacias eróticas estaban realizando concretamente.

Patinó y patinó. El placer de la ligereza le parecía, como había dicho la muchacha, divino. Balancearse sobre un largo trecho de hielo negro dio a Sears una sensación de vuelta al hogar. Por fin, al final de un frío y largo viaje, regresaba a un lugar donde conocían y amaban su nombre y las lámparas ardían en las habitaciones, y el fuego, en el hogar. A Sears le parecía que todos los patinadores se deslizaban sobre el hielo con la feliz convicción de que se dirigían a casa. La casa podía ser un cuarto vacío o una cama vacía para muchos de ellos, incluyendo a Sears, pero balancearse sobre el hielo negro le convenció de que se dirigía a casa. Alguien más escéptico podría señalar que esto revelaba lo efímera que es nuestra ilusión de vuelta al hogar. Había un crepúsculo invernal y, en este formidable espectáculo de luz y color, Sears se desató los patines y regresó a su apartamento de la ciudad.

Pero el domingo siguiente ya estaba otra vez sobre el hielo y en esta ocasión había más gente. Habría quizá cincuenta personas... un número escaso para tan vasta extensión de hielo. Habían improvisado una pista de hockey y en algún sitio, a la izquierda de la misma, había una zona donde los patinadores parecían expertos en ejecutar figuras, pero la mayoría de la gente, como Sears, sencillamente iba y venía, arriba y abajo, completamente absortos en la ilusión

de que poseían la ligereza y la gracia y solo tenían que revelarlas. Sears se cayó una o dos veces, pero a casi todos les pasó lo mismo. Hacia el final de la tarde realizó un consumado giro de frenada y se detuvo para escuchar las voces de los patinadores.

Era tarde. La sombra de una colina había oscurecido la mitad del hielo. El partido de hockey estaba en los minutos finales y los patinadores que hacían figuras se habían despojado de su equipo y se habían marchado. Las voces, considerando la inminencia de la noche, tenían una levedad que le recordaba las voces de una playa mediterránea antes de que, por la barbarie de la polución, esas costas se hubieran perdido para nosotros. Él y sus compañeros de patinaje parecían gozar de esa extraordinaria preocupación por la inocencia que absorbe a la gente en una playa antes de que caiga la noche. Así que siguió patinando hasta la puesta de sol, luego besó a su escéptica pero cariñosa hija y se volvió a su casa de la ciudad.

Fue dos semanas o más después cuando, al regresar con sus patines, Sears se encontró con que el hielo se había derretido y el lago de Beasley se usaba como vertedero. Fue un duro golpe. Casi un tercio había sido expoliado y a su derecha vio la carrocería de un automóvil de diez años y, un poco más cerca de él, un perro muerto. Creyó que se le partía el corazón.

¿Por qué celebrar un vertedero? ¿Por qué esforzarse en describir una aberración? Aquí estaban los desechos de una sociedad que se inclinaba al nomadismo sin haber disminuido su pasión por los objetos. La mayoría de los pueblos errantes desarrollan una cultura de tiendas de campaña, sillas de montar y rebaños migratorios, pero este era un pueblo errante que tenía pasión por los cabeceros gigantescos y los frigoríficos inmensos. El choque entre su movilidad —su inestabilidad— y su amor por lo permanente era lo que había vaciado aquel caos en el lago de Beasley.

¿Por qué explayarse sobre el desastre? Y lo que Sears vio era un absoluto

desastre, pero un desastre con cierto poder de melancolía. La mayoría de los hombres les han comprado a sus amadas un tostador eléctrico o una aspiradora y han sido recompensados con transportes de felicidad. Ver estos recuerdos de nuestros antiguos amores desparramados, enmohecidos y caídos patas arriba por la fuerza con que fueron arrojados, puede resultar una experiencia profundamente melancólica. Miles y miles de perchas de alambre daban la única nota hogareña y auténtica.

Cuando regresó a la ciudad, Sears llamó a su firma de abogados y les pidió que investigaran la tragedia del lago de Beasley. También escribió una carta al periódico.

El revolucionario descubrimiento del chip de cerebelo, con una capacidad de memoria infinitamente mayor que la del chip de silicio, había exigido que Sears hiciera varios viajes a las minas de cerebelo de los Cárpatos y a los nuevos depósitos que se habían descubierto en el valle del Danubio. En la época de la que estoy hablando, tanto el RAM de silicio como el ROM contenían menos de 16.000 datos, y, aunque el 64K de silicio contenía 65.536 bits de información, el nuevo circuito VLSI introducido por el chip de cerebelo contenía más de un millón de datos. Un estudio realizado por Thompson-Howard tendía a sostener la superioridad de los chips de cerebelo. T. H. había examinado 300.000 chips y consideraba que el de cerebelo tenía menos defectos que los otros. Como la empresa para la cual trabajaba Sears fabricaba sistemas de intrusión para contenedores de ordenador, él estaba continuamente expuesto a la memoria de ordenador, con su dominio sobrenatural de datos y su falta sobrenatural de discernimiento, y puede que esto hubiese aumentado su interés por las cuestiones sentimentales, tales como el fin de sus excursiones de patinaje y la destrucción del lago de Beasley. Muy recientemente, otro encuentro sentimental se había convertido en una inquietud para él.

La época sobre la que escribo era una época de nuestra historia en la cual la automatización representaba un serio reto para las colas, especialmente en los bancos. Por medio de anuncios en los periódicos, la televisión y por correo se insistía en que los clientes hicieran sus depósitos y retiraran su dinero

insertando una tarjeta en una máquina, pero aún había suficientes hombres y mujeres que habían perdido su tarjeta o que se sentían tan solos que les gustaba sonreír a un cajero para formar una amable cola ante la ventanilla de un banco. Perteneían a esa generación que se imaginaba una cola ante las puertas del cielo. Se percibía cierta fuerza de cambio en las colas, pero no iba más allá del cambio que se puede notar en un aeropuerto un día o dos después de que hayan aumentado las tarifas para Roma o San Francisco. En el aire se oía una música leve y heterogénea.

Ella estaba dos o tres puestos por delante de él; una mujer notablemente guapa, unos pocos centímetros más baja que él a pesar de que llevaba tacones altos. Era lo bastante pequeña para poder sostenerla, cosa que él había llegado a considerar muy práctica. Tenía una figura espléndida y conmovedora. Pensó que quizá fuese la nostalgia lo que hacía que su aspecto le impresionara tanto. Podría ser que estuviese envejeciendo y temiera el fin del amor. La posibilidad de semejante pérdida ocupaba a menudo su mente. Cuando veía en las películas a un hombre y a una mujer besarse ardientemente, se preguntaba si este era un terreno que habría de abandonar mañana o pasado. Cuando veía por la calle a una pareja abrazarse con profunda ternura, o caminar placenteramente hombro con hombro, recordaba, por un momento tan solo, que su vejez se aproximaba. Todo ello podía haberle llevado a pensar que la presencia de ella era asombrosa. Su aspecto despertaba en él recuerdos precisos y poderosos: la bandera izándose en el estadio antes del primer lanzamiento mientras un barítono cantaba el himno nacional. Esto era una exageración; pero los recuerdos que su apariencia evocaba eran únicamente de luminosidad. Su pelo era de un rubio discreto. Sus ojos, cuando se quitase las grandes gafas oscuras, serían, él lo sabía, color violeta. En sus facciones menudas no vio nada semejante a una cordillera, y, sin embargo, había en ellas, muy claramente, la afirmación de un paraíso, montañoso o marítimo,

dependiendo de los gustos personales. Otro día de la semana quizá habría contemplado una gran playa, pero ese día le parecía ver montañas, dispuesto a levantar los ojos y la cabeza y a enderezar los hombros, como hacemos cuando, mientras conducimos por una espantosa carretera bordeada de casas de juego, vemos montañas nevadas y nos damos cuenta de cuán resistentes son su desafío y su belleza. Los componentes de su vida evidenciaban la necesidad de un puente y aquella mañana, en el banco, él y ella parecían capaces de construirlo. De muchacha y como mujer joven debía de haber sido considerada muy guapa y esto era un elemento de su presencia. Podía haber sido la atractiva chica del paquete de margarina, o la bailarina oriental de la caja de puros de su padre que excitaba su colita cuando él tenía nueve años.

La música que llenaba el aire del banco a esa hora era un Concierto de Brandenburgo tocado a ritmo de ragtime. Imaginó la suavidad de su espalda desnuda —su marcada ausencia de declive— tan semejante a una tierra prometida. Deseaba tenerla como amante, naturalmente, y sintió que una profunda y gratificante consumación erótica es un vislumbre del alma inmortal del otro mientras se revela la propia alma inmortal. Nuestros amantes tienen siempre la misma estatura que nosotros o más. Se salió de la cola, tocó ligeramente el hombro de la mujer y dijo:

—¿Me pregunto si podría usted decirme cuál es la música que están tocando? Me parece que usted entiende de música.

—Usted no entiende absolutamente nada de mujeres.

Ella rio con dulzura y dejó caer unos papeles que llevaba. La mayoría eran, según vio al recogerlos, anuncios de propiedad inmobiliaria, y cuando se los devolvió le preguntó si trabajaba en el negocio inmobiliario. Ella contestó que sí y él dijo que estaba buscando un piso. Ella le dio una tarjeta a nombre de René Herndon y volvieron a sus puestos en la cola.

Sears estaba bastante contento con su apartamento de la calle Setenta y ocho Este. No era un sinvergüenza, y, cuando telefoneó a Renée Herndon unos días después, tenía toda la intención de recompensarla generosamente por el tiempo que le dedicara. Le dijo que buscaba un apartamento de una o dos habitaciones y que estaba dispuesto a pagar una renta sustanciosa y a firmar un contrato de dos años como mínimo. Ella quedó en enseñarle lo que hubiese disponible la tarde siguiente.

Tuvo la impresión de que las oficinas donde ella trabajaba se caracterizaban por una especie de inferioridad. Estaban en el piso bajo de un edificio bajo en un barrio bajo, y cuando entró no vio nada que no se distinguiese por su transitoriedad. La sala de recepción, decorada con una enorme urna llena de hierbas artificiales, la mesa de la recepcionista, la propia recepcionista, todo parecía sumamente portátil, como si todo pudiese trasladarse, en un breve plazo, a otro edificio, a otro estado o incluso a otro país. Cuando se reunió con él, Renée Herndon le pareció muy permanente. El poder que tenía para atraer su atención, sus sentidos y su inteligencia era el máximo de permanencia que conocía a esas alturas de su vida.

Tendría, calculó, unos treinta y cinco o quizá cuarenta años y debía de haberse casado una vez, quizá dos. Su pasado, en este momento, no era asunto suyo. Ella era el lado soleado de la calle. La uniformidad con que vestían entonces las mujeres de su edad —viudas o divorciadas, para enseñar pisos o para vender porcelanas— casi parecía impuesta por la ley. Ella llevaba un traje de chaqueta, un poco de perfume bueno y la cabeza descubierta. Le hubiera gustado besarla, cosa que ella sabía muy bien, y cuando salieron a la calle y él le ofreció su brazo, ella lo cogió afectuosamente y sonrió o rio con gusto. Le dijo que podían tomar un taxi o ir a pie y él contestó que le encantaría ir caminando.

Apenas habían andado media manzana cuando ella se sintió atraída — magnetizada, sería la palabra— por un escaparate donde se exhibían bufandas bordadas. Aún cogida de su brazo, las admiró. Él se ofreció a comprarle una y ella rehusó cortésmente, pero su negativa era auténtica, según le decía su experiencia. Había conocido muchas mujeres cuyas negativas eran transparentes. Él pensó que esa clara negativa a permitir que un desconocido le comprase un regalo dejaba vislumbrar las proporciones de su respeto hacia sí misma. Esto le pareció íntimo y encantador. También le encantó ver que en las tres manzanas que tuvieron que caminar desde la oficina al apartamento que iba a enseñarle, ella se paró a mirar todos y cada uno de los escaparates, excepto uno que exhibía instrumental quirúrgico. Miraron zapatos, sombreros, vestidos, animales de cerámica, joyas y porcelana y el interés que mostraba por todo lo que había en venta le encantó y le pareció prometedor de que compartía con él un indisciplinado entusiasmo por los hombres, las mujeres, las circunstancias y los cambios de tiempo. El apartamento que le enseñó era muy distinto.

Por aquella época el elevado índice de violaciones y robos con asesinato hacía difícil entrar en los edificios de apartamentos en algunos barrios y, aunque ella tenía las llaves y documentos acreditativos, tuvieron problemas con el portero, el cual llevaba el uniforme desabrochado y se limpiaba los dientes con una anticuada cerilla de cocina mientras hablaba con ellos. Cuando finalmente consiguieron entrar, la uniformidad de las tenues luces de los corredores, la igualdad de las puertas y la gran dificultad que ella tuvo en encontrar el lugar le hicieron sentirse expuesto a la soledad de la penitencia. El apartamento era una especie de escondrijo nómada; aún estaba amueblado con las sillas y mesas de una divorciada a quien el amante o el gigoló había abandonado, aunque todavía tenía fotografías de él —muchas de ellas, desnudo— colgadas en las paredes del dormitorio. Había una estrecha terraza

desde la cual se podía ver un trozo de cielo azul, pero la plena luz del día nunca llegaba al apartamento.

Ella sabía, claro está, que a él no iba a interesarle, y así se lo dijo.

—No sé —le dijo— por qué te lo he enseñado. Yo misma lo detesto.

—Me ha dado la oportunidad de invitarte a cenar —dijo él.

—Me encantaría cenar contigo —dijo ella—, si no te importa cenar tarde.

Estoy ocupada a última hora.

—La hora me da igual —contestó él.

Regresaron a pie, ahora por el otro lado de la calle, mirando los guantes, los zapatos, las antigüedades, los bordados y las pinturas que había en los escaparates.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó él cuando llegaron al portal de la oficina.

—¿El jueves? —preguntó ella—. Ven a buscarme a la casa parroquial de San Anselmo a eso de las nueve y cuarto del jueves.

Luego se fue.

San Anselmo era una iglesia presbiteriana y se preguntó qué haría ella allí una noche entre semana. Era Cuaresma y las únicas ceremonias de la iglesia serían fúnebres. No lo sabía, pero pensaba que los presbiterianos tenían un calendario menos exigente que el de la Iglesia Episcopaliana, que era la suya, y supuso que el jueves no era una festividad religiosa y que ella no iría a la iglesia a rezar. Ninguna de sus esposas o amantes había sido practicante entusiasta y esta debía de ser la primera vez en su vida que iba a la iglesia para encontrarse con una mujer. San Anselmo estaba en Park Avenue, en un buen barrio, es decir, en un barrio donde el dinero era de la máxima importancia. La entrada principal a la iglesia estaba cerrada y oscura, pero la puerta de la casa parroquial, a la vuelta de la esquina, estaba iluminada y se podía abrir. Entró en un gran vestíbulo. Había una segunda puerta, de

majestuosas proporciones. Sobre ella, sujeto con chinchetas había un letrero: ÚNICAMENTE SOCIOS. REUNIÓN PRIVADA. El letrero era muy poco profesional y se imaginó a una mujer —ni joven ni guapa, pero encantadoramente entusiasta — elaborándolo sobre la mesa de la cocina. La imaginación de Sears tendía al optimismo, y el hecho de que la reunión que había detrás de las puertas cerradas exigiera ser socio —algún tipo de promesa, compromiso o juramento — no le pareció siniestro. Pensó que a lo mejor había que pagar una cuota. No consideró que echar una ojeada supusiera ninguna intromisión y abrió la puerta un poquito.

Vio una sala o auditorio parroquial, uno de esos sitios donde se celebra la tómbola benéfica y se representa la función navideña. Miró las caras de cuarenta hombres y mujeres que escuchaban atentamente a una conferenciante que estaba en el podio. De inmediato le chocó su incapacidad para clasificar a la concurrencia. Ni siquiera en tiempo de guerra, que conocía bien, ni siquiera en la evacuación de ciudades en llamas, había visto un grupo tan heterogéneo. Era un grupo, pensó, en el cual no aparecía para nada la fuerza de la selección. Como las caras —jóvenes, viejas, macilentas, serenas— no le transmitían nada, miró sus ropas y encontró aún menos apoyos. Llevaban ropa de ricos, ropa de pobres y unas cuantas imitaciones baratas de la ropa de los ricos. ¿Quiénes eran? ¿Quién diablos podían ser? Aquí estaban las vulgares y alegres caras de la mezcla de nacionalidades que caracterizaban a su país.

Miró a la mujer que estaba en el podio. Era morena, de unos cuarenta y tantos años, y lucía uno de esos vestidos largos indefinibles conocidos como trajes de noche, aunque se llevaban en bodas, bautizos y fiestas al aire libre. Estaba leyendo una lista de nombres. Tres hombres y dos mujeres se acercaron a la tarima cuando ella dijo sus nombres. Una de las mujeres estaba encorvada por la edad, debía de ser una septuagenaria. Uno de los hombres tendría unos diecinueve años. Tenía tres remolinos en el pelo y el color encendido y

llevaba una camiseta con las palabras Odium University. A su lado había un joven rubio bien trajeado, y junto a él estaba su adorada Renée, que llevaba uno de esos vestidos muy sencillos que cuestan un poco menos que un coche usado. Le pareció tan adorable, tan luminosa, como le había parecido desde el principio.

—Apaga las luces, Charlie —dijo la mujer del traje largo.

Se apagaron las luces y, después de un minuto o dos de expectación, se abrió una puerta y entró un hombre llevando una de esas tartas baratas, con velas, que se encargan para celebrar la jubilación del portero del edificio o de la mecanógrafa más antigua de la plantilla. Se encendieron las luces y la concurrencia se puso en pie y cantó, con las habituales voces desafinadas y verdaderamente sinceras, «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos...». Renée sonreía, reía, y parecía realmente contenta con sus deseos, y él volvió a mirar a la congregación. Debería ser capaz de descubrir algún sentido a la variedad de los rostros, y de pronto se encontró intentando imaginar, uno por uno, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, qué aspecto tendrían esas caras contraídas por la angustia del amor sexual. Le disgustó su voluntad de invadir sus vidas, se avergonzó de sí mismo y cerró la puerta.

Un empleado estaba barriendo el vestíbulo.

—¿Qué están haciendo ahí dentro? —preguntó Sears.

—No lo sé —dijo el empleado—. Están intentando dejar de fumar o de beber, pero no me acuerdo qué grupo toca esta noche. A mí los que me revientan son los no fumadores. Yo fumo un paquete, o puede que paquete y medio al día, barro colillas, ese es mi trabajo, me pagan para eso, y a nadie le importa más que a mí. Por ejemplo, la semana pasada fui a pagar mis impuestos. La oficina está en un edificio del gobierno, en un edificio que pago yo, y en la pared hay un letrero que pone GRACIAS POR NO FUMAR. ¿Cómo demonios saben que no voy a fumar? ¿Cómo saben que no voy a mearme, o a

tirarme un pedo, o a empalmarme? Gracias por no fumar. ¿Qué coño les importa a ellos? Gracias por no respirar...

Luego desapareció por una puerta.

Unos minutos después, Sears oyó que el grupo recitaba algo al unísono. Adivinó, por el entusiasmo y la claridad de las voces, que no podía ser un mantra ocultista. Era difícil imaginar qué podría ser. La cadencia tenía para Sears la familiaridad de las Sagradas Escrituras y podía haber sido la Oración del Señor o el Salmo 23, pero había cierta uniformidad en la cadencia de las traducciones de la Biblia del siglo XVII y, a menos que se lo dijese, nunca sabría qué estaban entonando.

Luego se abrieron las puertas y empezaron a salir, pero no como el público que sale de un espectáculo o una conferencia, sino como la gente que se marcha al final de una reunión social; y, después de todo, los había visto apagando las velitas de la tarta. La buscó con la mirada, buscó su luminosidad, como había buscado durante toda su larga vida a las mujeres atractivas en los aeropuertos, las estaciones de ferrocarril y los muelles, y ahora en una casa parroquial. La vio, tan luminosa como siempre, y se acercó a ella, la cogió del brazo y salieron por la puerta y él llamó a un taxi en la avenida.

—¿Qué demonios hacías ahí dentro? —le preguntó, ya en el taxi.

—¿Me prometes que no volverás a preguntarme eso? —dijo ella—. Sé que debe parecer poco razonable, a mí me lo parecería en tu caso, pero yo paso algunas noches en casas parroquiales y prefiero no decirle a nadie por qué. Si alguna vez salimos en viernes tendrás que recogerme en la Nueva Escuela de Investigación Social. Si quieres saber qué hago allí, te lo diré.

—¿Qué haces en la Nueva Escuela de Investigación Social?

—Estoy haciendo un curso de contabilidad.

—¿Eso es para tu trabajo?

—No, es para entender mejor mi declaración de la renta.

—Buena idea.

—No entiendes en absoluto a las mujeres —dijo riendo.

Él había reservado una mesa en el más caro de los restaurantes, donde le conocían. Para su sorpresa, a ella la conocían tan bien como a él. El maître le saludó efusivamente, pero a ella la saludó con igual efusividad. Que ella era inteligentemente consciente de su atractivo lo comprendió Sears cuando la seguía hacia la mesa y vio la forma en que caminaba. Eso se notaba; tanto es así, que Sears vio a un camarero guiñarle un ojo a otro. Para él, esto no hacía sino aumentar su diversión. De primer plato pidió trucha fría, la mayor parte de la cual se comió ella. Pidió un Montrachet del 73, pero observó que ella apenas bebió vino. Probó la sopa de él y dijo que estaba demasiado salada, pero, cuando le sirvieron su pato *printanier*, ella comió tanto como él. También disfrutó de su propia cena. Sears rara vez tomaba dulces, pero ella tomó una *crème brûlée* mientras le contaba de sí misma lo que quiso.

Estaba divorciada de un dentista con éxito, que se llamaba Arthur, y tenía dos hijos. Su hijo, de dieciocho años, estaba absorbido por las religiones orientales pero, por lo que ella le contó, Sears no habría podido decir si estaba o no en el Tíbet. Su hija iba a una escuela de ballet en Des Moines, donde vivía Arthur. Dijo sin sarcasmo ni risas que estaba en un momento crucial de su vida. Él pensó que todavía no había llegado la ocasión de decirle que no buscaba un apartamento, aunque, considerando el cariz de su conversación, quizá lo supiese ya.

—Espero que podamos ir a tu casa después de cenar —dijo él—. La mía es una calamidad tal que me daría vergüenza enseñártela.

—Pero para eso estoy yo aquí —dijo ella con tanta animación que durante un momento amenazó con deprimirle, pero luego le pareció solo una maniobra lícita—. Voy a enseñarte un nuevo apartamento en la calle Ochenta. Hay uno con dos dormitorios y una vista maravillosa de los puentes. Pensé que

podíamos verlo después de cenar.

Pagó la cena con una tarjeta de crédito y cuando ella vio la cantidad de la propina que escribió en la factura dijo en voz baja y triste:

—Eso es demasiado, es demasiado, realmente.

Cogieron un taxi para ir al apartamento que se alquilaba. No hubo problemas con el portero, pero el edificio le pareció a Sears inmenso y laberíntico. Cuarenta o cincuenta pisos más arriba, ella abrió la puerta de una diminuta habitación que tenía una vista sobre el río, sus puentes y sus luces. Quedaba bonito pero lejos. Había un dormitorio pequeñísimo, una cocina y una puerta cerrada con llave. Ella probó varias llaves.

—Sé que hay otro dormitorio con una vista de la ciudad —dijo—. Lo pone aquí.

Le enseñó el duplicado de un papel que describía dos dormitorios, uno de ellos espacioso, con una vista de la ciudad. Pero la puerta estaba cerrada. Ninguna de las llaves la abría. Ella las probó todas y Sears también.

—No importa —dijo él—. No deseo ver el otro dormitorio. El cuarto de estar es demasiado pequeño, realmente. Quiero decir que no me cabrían mis muebles. No te preocupes por enseñarme la otra habitación.

Pero sí que estaba preocupada. Cuando comprobó que las llaves no abrían, trató de forzar la cerradura con la mano. Luego dio una patada a la puerta. Sears recordó entonces una escena con Estelle, su segunda mujer. Fue en algún aeropuerto... Londres, creía. Habían tomado un vuelo nocturno y sus relojes marcaban las tres y media, una hora infernal. Estaban agotados y profundamente desorientados y, debido a alguna huelga o huelga de celo, o a un aumento de pasajeros a causa de alguna catástrofe o celebración histórica —un terremoto o una coronación—, todo el proceso de recuperar el equipaje y que revisaran su contenido en busca de contrabando se retrasaba desmedidamente. Antes de que hubiesen terminado, amaneció sobre Londres,

una luz tristísima la de aquella mañana. Él recogió las maletas y las llevaba a la cola de los taxis cuando Estelle se detuvo e intentó abrir una puerta en la que ponía PROHIBIDA LA ENTRADA en todos los idiomas europeos conocidos, además del alfabeto cirílico. Trató de forzar la cerradura de la puerta como hizo Renée. Golpeó con los puños sobre el letrero que decía EINTRITT IST VERBOTEN y luego, como Renée estaba haciendo ahora, empezó a llorar, a sollozar.

Entonces sintió cuánto amaba a su mujer y hasta qué punto ignoraba los mandamientos que regían su vida. Aporreando aquella puerta en el amanecer londinense, parecía venir de un planeta del cual él no supiera nada, a pesar de que llevaban años durmiendo abrazados. Sus sentimientos hacia Renée eran confusos y profundos y, cuando ella se echó a llorar, la tomó en sus brazos, no para consolarla por la puerta cerrada, naturalmente, sino para consolarla por Arthur y todas las demás desilusiones de su vida. Ella lloró en su hombro durante un ratito y después cerraron el apartamento y cogieron un taxi. La besó en el taxi y sus labios eran lo más suave que había conocido y pensó que nunca olvidaría su suavidad... y nunca la olvidó. Llevaba algo más de perfume que en las horas de trabajo, y le encantó el olor, pero, cuando tocó sus senos, ella apartó su mano suavemente.

—Esta noche, no, cariño; algún otro día.

Vivía en la calle Cincuenta y se despidió de ella con un beso delante de su casa y le preguntó cuándo podía verla otra vez.

—Estaré en la Iglesia Baptista de la calle Ochenta y tres el lunes por la noche —le contestó—. Entre las nueve y cuarto y las nueve y media. Nunca se sabe a qué hora termina la reunión.

Al día siguiente, Sears recibió una carta de un joven abogado del bufete — un hombre a quien no conocía— comunicándole la muerte, el asesinato, del abogado al que Sears había encargado que investigara la polución del lago de

Beasley. Antes de que le asesinaran, el abogado había averiguado que la Junta de Planificación de Janice había cambiado la clasificación del lago, adjudicándolo para «relleno» y concediendo a la propiedad una exención de impuestos por ser futuro emplazamiento de un monumento conmemorativo de la guerra. Si Sears deseaba continuar el asunto, el joven abogado le recomendaba a un especialista en medioambiente llamado Horace Chisholm.

Desearía que esta historia que estoy contando comenzara con la fragancia de la hierbabuena que crece al lado del lecho de un arroyo, donde estoy tumbado, oculto con mi rifle, esperando para asesinar a un pretendiente que va a venir a pescar truchas. El olor de la hierbabuena es muy fuerte y oigo la música del agua. El pretendiente es un joven apuesto y cree estar completamente solo. Parece pensar que hay una especie de beatitud en pescar truchas con mosca. Canta mientras monta su caña, y mira al cielo y a los árboles para asegurarse de la naturalidad de este jardín del cual, aunque él lo ignora, está a punto de ser expulsado. Mi rifle está cargado y lo apoyo en mi hombro y sitúo el punto de mira sobre su corazón. El olor de la hierbabuena hace muy discutible la rectitud de este crimen o cualquier otro... Sí, preferiría con mucho ocuparme de estos temas que de la muerte del viejo perro de los Salazzo, Buster, pero en la época que estoy contando la pureza del agua era de inexorable interés — mucho más importante que las dinastías— y los Salazzo están relacionados con la pureza del lago de Beasley.

Sammy Salazzo era el dueño de una de las tres barberías del pueblo. Era un buen hombre y un buen barbero pero nunca conseguía llegar a fin de mes. Vivía en una de las casitas de Hitching Post Lane, un barrio que fue mencionado una vez en la televisión metropolitana cuando padeció una epidemia de sarampión. Allí lo que indicaba que una casa estaba ocupada era que en el patio trasero había una especie de brasero para asar carne sobre carbón. Cuando desaparecía el brasero, quería decir que la familia se había

ido y que la casa estaba en venta. La arquitectura era completamente de final feliz, de tarjeta postal, es decir, parecía haber sido concebida por exilados o refugiados que pensarán obsesivamente en el retorno. La variedad de estos hogares era internacional. Eran de estilo Tudor inglés o de estilo español, nostálgicos del pasado reciente o de la práctica simplicidad de algún futuro, pero todos expresaban poderosamente un ansia de finales y retornos. Aquello que en esas casas parecía artificial o vulgar estaba justificado por el hecho de que pretendían representar un sereno retiro.

Había sido un mal día de finales de invierno. Nadie se había acercado a la barbería salvo el cartero, y este solo había entregado facturas. Sam cerró el local a las cinco y se fue a casa, bajando las cuevas en punto muerto para ahorrar gasolina. Con auténtica renuencia describo la casa a la que volvió y la cretinez del concurso que su mujer y sus dos hijas estaban viendo en la televisión. Era un programa donde se hacía girar una rueda, y cuando al ganador se le entregaban mercancías, billetes para un viaje y, a veces, dinero en metálico, la entrega era muy ruidosa y efusiva. Buster, su viejo perro, le saludó.

—¿Dónde está mi cena? —preguntó Sammy.

Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la televisión.

—No hay cena —dijo su mujer—, no hay nada de comer en la casa, excepto alimento para perros.

—Yo te doy dinero para comprar comida —gritó Sammy—. ¿Qué demonios haces con él? ¿Tirarlo a la calle?

—Con el dinero que me das no puedo comprar nada que no sea alimento para perros.

—Pues si nosotros no vamos a comer, Buster tampoco va a comer —gritó Sammy—. Si tengo que matar a Buster para meterte esto en tu cabeza de adoquín, eso es lo que voy a hacer.

O su mujer y sus hijas no le creyeron o estaban demasiado absortas en el programa de televisión para hacer el menor caso del aviso.

Montó su rifle y lo cargó. Luego entró en el cuarto de estar y apagó el televisor.

—Esto lo vais a ver todas —dijo—. Ya va siendo hora de que alguien se entere de lo seria que es la vida. No podemos pedir el seguro de desempleo porque yo tengo un negocio, pero tenemos que hacer sacrificios y Buster va a ser el primer sacrificio que hacemos.

Las dos niñas empezaron a llorar.

—Oh, no, no, papá; no, no.

Años más tarde, las dos hijas, desnudas en brazos de extraños, les dirían, con un tono íntimo como si estuviesen haciendo una declaración de amor: «¿Te he contado alguna vez lo que pasó la noche en que papá mató al perro?». Pero ahora eran niñas, desconcertadas por el mundo de los adultos y por una escena que desconcertaría a cualquiera por lo grotesca. Sabemos muy poco de la inteligencia canina y nada en absoluto del concepto canino de la eternidad, pero Buster pareció comprender lo que se esperaba de él y aceptó gustoso la oportunidad de ser de alguna utilidad en la vida de la familia, aunque ello le costase su propia vida. Las niñas chillaban. Maria sollozaba profundamente y la vida se le presentaba como un caos sin luces orientadoras de ninguna clase. Sammy sacó al viejo perro al patio trasero y le pidió que se sentara un poco a la derecha del brasero de carbón. Luego se retiró unos metros y le disparó justo en el corazón.

En cuanto lo vio, Maria fue al teléfono y llamó al tío de Sam, Luigi, y le dijo que tenía que verle. Sam provenía de una de esas familias del sur de Nápoles cuyos vínculos había fortalecido la emigración a un nuevo mundo. Luigi regentaba un restaurante familiar en el viejo camino de postas que desembocaba en la autopista interestatal. No pidió ver a Luigi, sencillamente

le dijo que iba hacia su casa.

El restaurante de Luigi era uno de esos restaurantes italianos que nos recuerdan a todos que nuestro asentamiento en este continente es, en verdad, muy reciente y que muchos de nosotros seguimos siendo extranjeros aquí. Los rudimentos de la arquitectura del sur de Italia —sus entradas en arco y su albañilería— estaban presentes, pero, como una planta trasplantada irreflexivamente a un suelo extraño, los arcos parecían haber perdido algo de su antigua utilidad y belleza y haber adquirido nuevos atributos. El local había pasado de una rama de la familia a otra y había cambiado de nombre y de especialidades una y otra vez. Había sido de Emilio y de Giovanni; había tenido bailarinas topless y cantantes negros y una vez incluso anunciaba cocina china. Cuando Maria entró en el local esa noche, un desconocido que llevaba un esmoquin sucio le preguntó qué quería y cuando ella le dijo que quería ver a Luigi, él contestó que Luigi no estaba disponible. Ella le empujó y abrió una puerta detrás de la barra, donde encontró a Luigi viendo un programa de noticias en la televisión.

—Oh, Lou, Lou —dijo ella, llorando—. Ya sé que no soy italiana, y que todos vosotros pensáis que no sé cocinar y que la mayor parte de la familia me trata como a una extraña, pero ahora tienes que intentar ayudarme. Hace unos veinte minutos ha sacado al perro al patio trasero y lo ha matado de un tiro, donde todo el mundo pudiera verlo. Y todo es porque no tenemos dinero. No necesitamos mucho. Realmente no necesitamos mucho. No tiene a nadie más que a la familia. Ni siquiera quiere apuntarse en el cuerpo de bomberos voluntarios. Yo soy demasiado vieja para trabajar en un sitio de hamburguesas y tampoco como lo bastante deprisa para trabajar para la tienda de camisetas de Lansville. Tienes que ayudarnos.

—¿Sam no está enfermo?

—No, no está enfermo, ni siquiera está mal de la cabeza, está enfermo de

preocupación, nada más.

—¿Vivís cerca del lago que llaman Beasley? —preguntó Luigi.

—Sí. Vivimos en Hitching Post Lane. Está como a un kilómetro.

—Dile que venga aquí mañana por la tarde.

La cadena de montaje de la organización Salazzo era escrupulosamente familiar y tradicional. Su pueblo, en el sur de Italia, había estado junto al mar, antes de que el Mediterráneo fuese llevado a la ruina, pero no poseían ninguno de los atributos de las gentes marineras, con excepción de los de los piratas. Tampoco eran como los montañeses. Quizá lo único que se pudiera decir de ellos fuese que eran gentes que habían sido muy pobres. Los miembros eminentes de la familia invitaban al gobernador a sus bodas y dos de ellos habían cenado en la Casa Blanca. Sam conocía a los altos rangos de la familia principalmente por lo que leía en los periódicos. Él formaba parte del elevado número de barberos, empleados de gasolinera y albañiles que constituían el proletariado de los Salazzo. Todo esto fue cierto hasta la noche en que mató al perro. A la noche siguiente, un gran coche negro se detuvo delante de su casa y un hombre joven —que no era miembro de la familia— le ofreció a Sam la vicepresidencia de la comisión asesora del gobernador para la utilización imparcial del lago de Beasley. Cobraría un sueldo tres veces superior a lo que ganaba en la barbería en un día bueno. Tenía que evitar cualquier tipo de exhibicionismo —no debía comprarse un coche, por ejemplo— pero la organización le ayudaría a invertir de forma rentable sus ahorros. Su única obligación era cobrar los pagos en metálico por verter basuras para «rellenar» el lago de Beasley.

Tres días después, Sam puso el cartel de SE ALQUILA en la barbería, y una mañana, a las siete, salió camino del lago de Beasley, donde le esperaba un camión basculante de cinco ejes y dieciocho ruedas. El precio era de ochenta dólares por carga, y el primer día Sam reunió cerca de seis mil dólares.

Llevaba un libro mayor para anotar las descargas y le habían dado una bolsa de cuero para guardar el dinero. Era lo bastante listo para ser escrupulosamente honrado y, aunque la fama de asesinos de los italianos del sur se había exagerado mucho, él no tenía ninguna inclinación al robo. Todas las tardes, a las siete, con considerable puntualidad, dos hombres en un gran coche negro se detenían frente a su casa para recoger el dinero.

Los recaudadores no eran particularmente siniestros. El mayor era uno de esos viejos italianos bajitos que siempre llevan el sombrero echado sobre la frente como si, incluso bajo la lluvia, estuvieran soportando un sol equinoccial. Estos mismos viejos caminan levantando mucho las rodillas como si estuvieran siempre subiendo una de esas colinas en cuyas cimas se alza gran parte de Italia. El más joven tenía bigote y sonreía mucho. Ambos rechazaban el ofrecimiento de un vino o un café, se negaban a sentarse, y los viernes le pagaban a Sam su sueldo. Era muchísimo más dinero del que hubiera tenido nunca y se lo racionaba a Maria, aunque no era tacaño.

El otro testigo del asesinato de Buster fue Betsy Logan, que vivía en la casa de al lado de los Salazzo. Era una mujer joven, con dos niños pequeños, cuyo marido trabajaba en la oficina de correos. Los Salazzo y los Logan no tenían relaciones amistosas, quizá porque las hijas de los Salazzo eran demasiado mayores para jugar con los hijos de Betsy Logan. Solo habían tratado a Buster, que venía a pedir las sobras de la mesa de los Logan; y cuando Betsy vio a Sam matar al viejo perro no sintió más que odio y desprecio por su vecino. Se fijó en el cartel de SE ALQUILA puesto en la barbería, y desde la ventana de su cocina vio a los desconocidos que iban a la casa todos los días al anochecer. De la basura que se vertía en el estanque, Sam había salvado una silla rota y se sentaba en ella mientras cobraba los honorarios. Betsy había visto a Sam allí sentado cuando pasaba en el coche camino del hipermercado que había junto a la autopista. Parecía estar supervisando la muerte del lago de Beasley,

aunque Betsy siempre le recordaría como el asesino de un perro viejo y simpático.

En el mes siguiente, Sears se familiarizó con un gran número de casas parroquiales y sótanos de iglesias, así como con las proximidades de la Nueva Escuela de Investigación Social, donde ella estudiaba contabilidad los viernes por la noche. Él era por naturaleza un tipo tradicional, con un concepto tradicional, y a veces ignorante, del papel de una mujer en el mundo, pero al parecer la indiscutible hermosura de Renée le garantizaba, por lo que a él se refería, un lugar en el curso de las cosas. Que una mujer guapa estudiara aritmética le parecía algo gracioso, y la gente que asistía a su clase de contabilidad presentaba un aspecto serio, amable y fácilmente aceptable. Sin embargo, las demás reuniones, en las que ella pasaba en ocasiones tres noches a la semana, continuaban inquietándole por su exagerada falta de uniformidad. Noche tras noche parecían la multitud que se dispersa a causa de una tormenta en una tarde de fiesta en cualquier parque del mundo occidental.

El portero le había dicho que el propósito de estas reuniones era lograr la abstinencia de contactos sexuales, de comida, de alcohol, o de tabaco. Él había experimentado situaciones muy embarazosas debido a los apremios de la carne, pero no podía imaginarse atemperándolos en una sala parroquial llena de corrientes de aire. Nunca había fumado, mantenía un peso constante y disfrutaba mucho bebiendo. Como digo, la autoridad de la buena presencia de ella —parecía demasiado amable para ser considerada una belleza— convertía su asociación con aquella gente rara en algo aceptable. Ella le permitía besarla cuando se daban las buenas noches y, por la suavidad de sus

labios y la fragancia de sus pechos, él la hubiera esperado en el pozo de una mina condenada. Era, para lo que suelen ser las mujeres, relativamente puntual, y Sears había llegado a creer que la puntualidad en las citas era un indicador infalible de espontaneidad sexual. Había observado que las mujeres que llegaban tarde a una cena se retrasaban inconscientemente en sus transportes eróticos, y que las mujeres que llegaban temprano a una comida o a una cena a veces alcanzaban el clímax en el taxi que las llevaba a casa.

Renée, naturalmente, no tenía nada que ver con la duración de estas sesiones a las que asistía, y para Sears era un placer esperarla en las casas parroquiales y los sótanos de las iglesias, y empezó a interesarle observar a la gente con la que ella había decidido mezclarse, en parte porque eran compañeros de ella, en parte porque las circunstancias le obligaban a observarlos y también porque desafiaban de forma desconcertante su sentido común. Las tradicionales fuerzas de selección —los clubs, los registros sociales y los colegios profesionales— estaban pasadas de moda, ya lo sabía, pero algunas pistas o indicios de casta le parecían necesarios para la comprensión y disfrute del mundo. Esta gente no solo no parecía pertenecer a ninguna sociedad organizada, sino que parecía enturbiar cualquier posibilidad de que existiera. Eran una auténtica muestra heterogénea, algo que él detestaba.

Pero dado que la abstinencia, la continencia, algún intangible valor moral, era lo que unía al grupo, ¿cómo podía esperar nada que no fuera una reunión dispar? La vida del espíritu, al parecer, no tenía participación en el establecimiento de las castas. Por lo menos, no en el mundo occidental. El cristianismo primitivo dio el tajo más ancho. Por tanto, viniendo de una generación que, quizá, se caracterizase por su inmensa disposición a quejarse, suponía que no podía despreciar a aquellos hombres y mujeres que debían de estar buscando algo mejor. La música, el estribillo de su época era que las

cosas habían sido mejores. Lo habían cantado sus mayores y sus compañeros, y se lo había oído cantar a Toynbee y a Spengler en la universidad. Las cosas habían sido mejores, las cosas iban empeorando, y las sombras morales e intelectuales que uno veía extenderse sobre el mundo occidental eran definitivas. ¡Qué aburrimiento había sido vivir en aquel crepúsculo otoñal autoinducido! Suponía que esos desconocidos, esta extraña congregación, estarían de acuerdo con él. Sin embargo, no se le ocurriría abdicar de sus pretensiones y sus fingimientos a cambio de su compañía.

Pero ella siempre estaba allí: ligereza y rapidez y la sensación de una agilidad que complementaba halagadoramente su propia edad. Cenaban y bromeaban y ella le daba un beso de despedida en la calle, delante de su casa, hasta que una tarde le telefoneó y le invitó a reunirse con ella, no en el sótano de alguna iglesia, sino en su apartamento.

—No te molestes en reservar mesa —le dijo—. Haré la cena aquí.

Era una noche lluviosa. Hubiera sido poco característico de Sears asociar el sonido de la lluvia a su limitado conocimiento del amor, pero existía, de hecho, cierta asociación. Parecía que casi todo lo que sabía del amor le había sido revelado mientras oía la música de la lluvia. Ligeros chubascos, fuertes lluvias, lluvias torrenciales, inundaciones incluso, estaban unidas en su memoria al acto amoroso, aunque esto no se le pasó por la cabeza esa tarde mientras se bañaba, muy cuidadosamente, y se vestía. La importancia de la lluvia está relacionada con la agricultura y puede que la abundancia tuviera que ver con ello, ya que la abundancia es un aspecto del amor. La oscuridad hasta cierto punto pertenece al amor. En innumerables camas había contado sus bienaventuranzas mientras oía la lluvia en el tejado, oyéndola gotear de un canalón defectuoso, oyéndola caer sobre campos y jardines y sobre los tejados y patios de muchas ciudades. Esta tarde atravesó la ciudad caminando bajo la lluvia.

En la época en la que escribo, el jogging estaba muy de moda en todas las ciudades del mundo que él conocía. Hacia el final del día, en Rotterdam o Moscú, en los brillantes ocasos invernales de los que Nueva York gozaba a veces, o en las tempranas nevadas de Copenhague encontrabas hombres y mujeres de todas las edades y condiciones imaginables lanzándose a disfrutar de una carrera. Las únicas recompensas a estos esfuerzos eran pequeños trofeos sin valor. Llegaría la comercialización, naturalmente, pero llegaría más tarde; entonces el jogging era uno de los pocos esfuerzos humanos que no tenía absolutamente nada que ver con los bancos. Una tarde, en Amsterdam o Leningrado —no podía recordar la ciudad, pero debía de saber algo del idioma—, Sears había parado a una docena de corredores y les había preguntado por qué corrían. «Corro para encontrarme a mí mismo, corro para adelgazar, corro porque estoy enamorado, corro para olvidar mis deudas, corro porque llevo tres semanas con la polla dura y espero calmarme, corro para huir de mi suegra, corro para mayor gloria de Dios», le contestaron. Todas las respuestas le parecieron gratificantes y comprensibles, y ahora siempre que al atardecer, en Bucarest o en Des Moines, en Venecia o en Calgary, veía aparecer a los corredores, le parecían la sal de la tierra, le parecían la obstinada e irreductible prueba de la determinación del hombre de superarse. Mientras cruzaba la ciudad esa noche lluviosa, le pasaron muchos corredores.

Ella le abrió la puerta vestida con una bata ligera, una bata azul ajada. Él no tardó ni un minuto en quitarse la ropa.

—Estabas empalmado —le dijo ella dulcemente, un rato después.

—Se te habrán quemado las verduras —dijo él.

—Lo aparté todo del fuego cuando llamaste desde abajo.

Pasó la noche con ella y se marchó a eso de las nueve. Los ascensoristas, los porteros, todo el servicio, desempeñan un papel importante de aprobación

o rechazo en nuestras apariciones extraoficiales, y el ascensorista del edificio de Renée pareció sorprendido y desconcertado por la aparición de Sears. Su expresión de desconcierto fue seguida de una expresión de solicitud, como si Sears despertara en él cierta preocupación. Le preguntó si quería que le buscara un taxi. Sears le dio las gracias y le dijo que no. Sears se consideraba ya un miembro del reparto y se preguntó cómo estaría establecida en ese edificio la distribución del aguinaldo, a pesar de que todavía no había llegado la Semana Santa.

¡Oh, el viento y la lluvia! Allá en Janice, Maria Salazzo compró un juego de campanillas que tintineaban movidas por el viento. Las compró en el hipermercado, después de que Sam matase al perro, cuando tuvo un poco más de dinero. La primera vez que Betsy oyó las campanillas fue una noche, a principios de la primavera, cuando estaba preparando la cena. Sam las había colgado del techo de su porche trasero, que quedaba muy cerca de la cocina de los Logan, e incluso cuando Betsy cerró la ventana siguió oyendo la música de las campanillas. Esa noche el campanilleo la despertó. Eran las tres de la mañana y no podía volver a dormirse. Parecía como si las campanillas le hablasen, aunque Betsy no quería saber nada de ellas. Se culpó a sí misma. Le desagradaban los Salazzo porque habían matado a su perro y le desagradaba todo lo que se relacionase con ellos, incluyendo las campanillas. Era culpa suya que no pudiera volver a dormirse hasta el amanecer, y cuando sonó el despertador lo primero que oyó fue el campanilleo.

Betsy trabajaba media jornada como archivadora en la fábrica de lámparas escandinavas, pero, cuando volvió a casa después del trabajo y pagó a la señora que cuidaba a Binxie, oyó de nuevo las campanillas. Cerró las ventanas. Le pareció que seguía oyéndolas y subió al piso de arriba y cerró todas las de ese lado de la casa. Era una tarde calurosa para esa época del año, y cuando Henry llegó a casa y la besó, preguntó por qué estaban cerradas

todas las ventanas.

—Las campanillas de los Salazzo me están volviendo loca —dijo Betsy—. Puede que yo esté neurótica o algo así, pero no soporto el ruido que hacen.

—Subiré el volumen de la tele para que no las oigas —dijo Henry.

Así lo hizo, pero cuando apagó la televisión y se fueron a la cama, a eso de las once, ella volvió a oír las campanillas, que contaban su estúpida y constante historia en un idioma que ella no entendía. Imaginó que los Salazzo eran mucho menos sensibles y refinados que ella y Henry, y supuso que su insensibilidad implicaba una indiferencia a los sonidos del mundo que les rodeaba, incluyendo el sonido de sus propias campanillas. Sin embargo, la despertaron otra vez a las tres y la mantuvieron despierta hasta la madrugada. No podía discernir qué era lo que encontraba tan molesto en el ruido que hacían, pero pensaba que hacían un ruido molestísimo. Al regresar a casa a la tarde siguiente, y mientras se estaba quitando los zapatos, llamó por teléfono a su amiga Liz Holland y le contó el problema.

—Bueno, pues pídele que las quite —sugirió Liz—. Dile sencillamente que te están volviendo loca. O quizá pregúntale primero cortésmente si ella no las oye y si el ruido no le molesta. ¿Por qué no pruebas a hacer eso?

En esa época del año, los Salazzo casi nunca salían de casa excepto para ir al trabajo. Hacía demasiado frío para que hubiesen llenado ya su nueva piscina portátil y no había hierba que cortar. Betsy no quería hablarles del problema por teléfono, y a la noche siguiente, cuando estaba desempaquetando unas verduras congeladas, vio a Maria Salazzo bajando los escalones de atrás con un cubo de la basura. Betsy salió corriendo de su casa y cruzó el patio.

—¿Verdad que ha hecho un día precioso? —le preguntó Betsy.

—Depende de lo que estuviera uno haciendo —dijo Maria.

Golpeó el cubo de la basura contra el contenedor grande donde lo estaba vaciando. Betsy había oído decir que a veces bebía mucho. Esperaba que no

estuviera borracha.

—Veo que tienen un juego de campanillas —dijo Betsy.

—Las compré en unas rebajas en el hipermercado —explicó Maria—, pero creo que ya no quedan. Tengo una amiga en el negocio de Objetos Artísticos Orientales y quizá podría conseguirle un juego.

—Oh, no lo quiero —dijo Betsy—. Solo me preguntaba si ustedes las oyen tan fuerte como nosotros.

—Claro que las oímos —repuso Maria—. ¿Para qué cree que las compré?

—Bueno, la cosa es que nosotros las oímos demasiado —dijo Betsy. Estaba debatiéndose. Decir que la dejaban sin dormir sería como afirmar que tenía problemas de insomnio—. Quiero decir que yo pensaba si podrían ustedes desconectarlas por la noche.

—Usted debe de estar loca —dijo Maria—. ¿Cree que puedo desconectar el viento?

Durante las semanas que siguieron Renée se negó a aceptar ningún regalo de Sears. Ella le obsequió una bufanda, unos guantes y unos gemelos, pero, cuando él le regaló una joya, le obligó a devolverla.

—No entiendes —le dijo besándole— absolutamente nada a las mujeres.

Sus propias exigencias sexuales le habían proporcionado a Sears mucho placer, alguna incomodidad y la dolorosa sospecha de que las polaridades de su naturaleza eran agudamente incompatibles y que el único mito que convenía a su modo de ser era el del doctor Jekyll y mister Hyde. No había leído el libro pero había visto la película. La actitud comprensiva de Renée, su disposición a complacerle en los taxis y los portales, era algo hermoso que él no recordaba haber experimentado antes. Había un acuerdo tácito entre ellos. Ella le había dicho una vez, por encima del hombro, que el semen era, según su experiencia, la crema facial más regeneradora y, aunque él oyó el comentario, lo olvidó rápidamente, ya que no eran los aspectos clínicos de la sexualidad lo que buscaba. Sus propias urgencias y la profunda preocupación de ella por la juventud eran hechos, pero hechos que él descartaba, puesto que, al construir un paradigma útil para el amor, hay diversas necesidades orgánicas que no parecen contribuir en nada al placer compartido. Ambos tenían algo que el otro deseaba.

Ella pertenecía, de acuerdo con su larga experiencia, al tipo de mujer que siempre tiene el vestíbulo en desorden. Era el tipo de mujer que siempre se olvida de comprar naranjas, y cuando uno se despierta teniéndola en los

brazos, se da cuenta de que lo primero que tiene que hacer es ponerse los pantalones y bajar a comprar fruta. Era el tipo de mujer que, no bien entraba en su apartamento, encendía primero las luces y luego el tocadiscos. Sonaba música la primera vez que entró en el apartamento y seguiría sonando mucho tiempo después de que él hubiera desaparecido y fuera olvidado. Sabía por experiencia que el silencio —la ausencia de música— era para algunos hombres y mujeres tan sospechoso como la oscuridad. Parecía una auténtica necesidad, como las proteínas o el azúcar, pero en su caso la música incesante presentaba un problema con el cual nunca se había encontrado antes. Una noche, cuando estaban haciendo el amor, en el tocadiscos sonaba un romántico concierto de piano que acababa en una larga cadena de volcánicos y falsos clímax de percusión. Cada vez que el pianista parecía estar a punto de alcanzar la cumbre final, descendía de la cima con un espectro completo de octavas más bajas e iniciaba su ascenso una vez más, y lo mismo le sucedía a Sears. Finalmente, Renée le preguntó con gran ternura:

—¿No vas a llegar nunca?

—No hasta que no llegue el pianista —dijo Sears.

Era totalmente cierto, y concluyeron sus actuaciones simultáneamente. Nunca supo si ella le había comprendido.

La hubiera descrito como una mujer inteligente, aunque de vez en cuando le sorprendía y defraudaba. No sabía absolutamente nada sobre la radiactividad. Cuando él llegó muy cansado una noche, después de asistir a un consejo de administración y trató de explicarle lo que le había cansado, ella pareció no entenderle y aburrirse, a pesar de que él pensaba que la cosa era bien sencilla. El holding propietario de su empresa había adquirido esa tarde una línea aérea cuyas ventas eran tres veces mayores que las de ellos. Ningún holding, le explicó, debería estar excesivamente especializado. Como ella sabía, cualquier clase de especialización podía ser peligrosa. Por ejemplo, la

inversión nuclear: los costos de la extracción del uranio habían subido de diez a casi cuarenta dólares por libra, mientras que el precio había caído desde cuarenta dólares la libra a un poco menos de veintiocho. La línea aérea que habían comprado solo necesitaba altos ejecutivos dinámicos para recuperar sus veinte millones de pérdidas del año anterior. Cuando ella silbó ante esta información, demostró que no había comprendido en absoluto que la superioridad de la empresa en que él trabajaba residía en el hecho de que habían perdido treinta y siete millones. Sin embargo, la hubiera descrito como una mujer inteligente.

La hermana de ella vino a la ciudad y Sears no pudo ver a Renée durante una semana más o menos. La echó de menos intensamente. La privación física era considerable y aguda. El día en que su hermana se marchó, ella aceptó quedar con él a la hora de comer y le invitó a ir a su casa a la una. Imaginó que le recibiría con su vieja bata azul y que, después de hacer el amor, él mandaría a buscar unos emparedados. Al vestirse para la cita intentó recordar cuáles de sus corbatas, camisas y trajes había dicho ella que le gustaban, pero luego se le ocurrió que un minuto o dos después de entrar en el apartamento ya se habría desnudado y que no tenía mucho sentido elegir su atuendo. Incluso decidió prescindir de la ropa interior por si retrasaba el momento de la desnudez. Mientras vemos a Sears colocar sus genitales dentro del pantalón vale la pena observar la expresión de su cara.

Sears era un hombre considerado y no había desvergüenza ni arrogancia en su actitud, pero parecía gozar de algo muy semejante a la autoridad, como si este órgano tan corriente, que poseen absolutamente todos los demás hombres del planeta, fuese algún tesoro singular, como la pluma que se utilizó para firmar el Tratado de Versalles, que le robaba Macedonia a Bulgaria, le devolvía a Grecia su costa del Egeo, creaba varias naciones nuevas y pendencieras, expatriaba y dejaba sin hogar a grandes poblaciones, daba a

Polonia una salida al Báltico y sembraba las semillas de futuras discordias y guerras. Mientras colocaba sus genitales dentro de los pantalones, Sears parecía pensar que tenía la historia en sus manos.

No había taxis ese día. Fue hasta el apartamento de ella casi corriendo y cuando entró en el ascensor del edificio estaba jadeante.

—Doce B —le dijo al ascensorista.

Era el mismo hombre con el que bajó la primera mañana. A Sears le parecía que su rostro poseía cierta inocencia y por ello no pudo atribuir a la maldad el diálogo que siguió.

—¿Es usted su padre? —preguntó el ascensorista.

—No —dijo Sears.

Apenas podía hablar.

—¿Su abuelo?

—Soy su tío —respondió Sears.

—Entonces debe de haberla conocido cuando era pequeña —dijo el ascensorista—. Debía de ser preciosa. Ahora es guapa, pero siempre pienso cómo tenía que ser cuando era niña.

Fue un golpe para Sears, un golpe que lo dejó aturdido, aunque debería haberlo previsto por la forma en que ella movía el culo. Simplemente siguiéndola a una mesa en un restaurante, iniciaba una competición erótica que obligaba a los camareros, y a cualquier otro jugador, a descartarle como un viejo que, sin ropa, no presentaría ningún interés, salvo un reloj de oro. Siempre había sido consciente de esa competición, pero siempre había pensado que él salía victorioso. El golpe fue demoledor.

Cuando le abrió la puerta, ella no llevaba la vieja bata azul. Estaba vestida con el traje de chaqueta que llevaba la primera vez que le enseñó un apartamento, y tenía puestos los guantes y un sombrero. Llevaba las gafas que usaba para leer y encima unas gafas oscuras, fuera por motivos de estética o

para protegerse de la luz.

—Oh, mi vida —gimió él.

—He reservado mesa en el Tombeau de Couperin —dijo ella.

—Te he echado terriblemente de menos —dijo él—. Estoy tan cachondo que no puedo comer.

Se desabrochó los pantalones y los dejó caer hasta las rodillas.

—Lo siento —repuso ella—. No puedo ayudarte.

—No me hables así —dijo él—. No me hables como si fueses la dependienta de unos almacenes hablando con un cliente por no haberse mantenido en la fila. Sabes perfectamente que sí puedes ayudarme.

—No hay nada entre nosotros —dijo ella.

—Hemos jodido juntos cien veces —gritó él— y, si eso no es nada, creo que eres altamente inmoral. He esperado toda la mañana para verte con tu bata azul y te encuentro vestida de los pies a la cabeza.

—¿Vas a llevarme a comer o no? —insistió ella—. Si estás trastornado, tengo invitaciones pendientes de otros muchos hombres.

—Iré a comprar unas flores —dijo él. Se subió los pantalones y se los abrochó—. Espérame aquí. Vuelvo enseguida.

A ella le encantaban las flores cortadas, pensó. Las flores cortadas ejercían sobre ella un poder de seducción, y con flores cortadas esa severidad, tan impropia de ella, seguramente cedería. Corrió a la tienda de flores más próxima al apartamento, pero estaba cerrada. Llamó a un taxi y le pidió que le llevara a una floristería. Fue una larga búsqueda, pero finalmente encontraron una, donde compró dos docenas de rosas amarillas. El amarillo era el color de ella. Le había oído decir a menudo que le encantaba el amarillo. Al volver al apartamento llamó al timbre durante mucho rato —media hora, quizá— antes de admitir que ella se había ido.

A Sears le pareció que existen unos Balcanes del espíritu, donde los

pueblos se iluminan con fuego y los osos pesan más de cuatrocientos kilos, a los cuales se encontraba transportado ahora, completamente indefenso. Sears había hecho muchos viajes de negocios a los Balcanes y conocía bien ese mundo. Imaginó un lunes por la mañana, hacia finales de año, sería noviembre probablemente, se esperarían nevadas y su habitación de hotel estaba fría. No había agua caliente para afeitarse, no había agua de ninguna clase, ni medio alguno de conseguirla. Se vistió, y al salir descubrió que el ascensor no funcionaba. Bajó cinco o seis tramos de escaleras malolientes y sucias y entró en el café. La única persona que había allí era una fea camarera, con un uniforme muy sucio, limpiando el polvo de una planta de goma con una página de un periódico mentiroso que el tiránico gobierno publicaba con fines propagandísticos, distorsionando todos los hechos, incluso el tiempo y las lluvias. Cuando él pidió café —la más internacional de las palabras—, la camarera hizo una mueca y él se dio cuenta de que estaba en una de esas provincias que habían sufrido la ocupación turca durante siglos y que no habían vuelto a ver el café desde que Alejandro II les liberase en 1878.

Salió a la calle. El nombre de la calle conmemoraba el plebiscito del 3 de abril. Torció a la derecha, en busca de café, y entró en la calle Eleanor Markova. Él no lo sabía, pero Eleanor Markova había sido martirizada por los fascistas en los años cuarenta. La calle Markova llevaba a la calle Liberación, y siguiendo esta llegó a la avenida de la Libertad, luego al bulevar del Proletariado y a la plaza de la Victoria. No percibió el olor del café por ningún sitio, y no vio sonrisas ni ninguna clase de belleza, ni siquiera una frente que prometiera comprensión, como ocurre a veces.

Sears había sido educado por hombres y mujeres de corazón abierto y generoso, y era un misterio por qué había permanecido en su conciencia una ciudad montañosa tan triste. Él era verdaderamente un extraño en el mundo de la hostilidad y, sin embargo, la hostilidad parecía ser su hogar. Había amado a

sus queridos padres, había querido a sus amigos y profesores y ellos le habían querido a él, el cariño había iluminado incluso su experiencia militar, ¿por qué entonces se mostraba tan susceptible a una hostilidad que nunca había conocido?

Al parecer había llegado a sus Balcanes en avión. El avión era grande y él viajaba en primera clase, pero se encontró en un aeropuerto donde nadie sabía decirle cuándo salía su avión y nadie hablaba ningún idioma que él conociera. Su angustia era más la angustia de un viajero que la de un amante. La agotadora búsqueda de su equipaje, el ridículo intento de conquistar a la policía de aduanas, el deseo de mandar al colegio a esos vagos llenos de enfermedades venéreas que rondan los urinarios de los aeropuertos, todo eso había contribuido a su sensación de abandono y a su creciente miedo.

Se abrió la puerta del ascensor. No era ella. Era el ascensorista. Llevaba ropa de calle y un sombrero. Fue directamente hacia donde Sears estaba parado y le abrazó. Sears reclinó la cabeza en su hombro. El abrazo del desconocido parecía abarcar esa nueva provincia de soledad que había asustado a Sears. El hombre parecía saber lo de esa ciudad montañosa donde no había ni belleza ni café y donde una camarera fea limpiaba las hojas de una planta de goma con un periódico mentiroso. Lo que el ascensorista dijo fue una gran sorpresa para Sears.

—He estado preocupado por usted desde aquella primera mañana —dijo.

Lo que hizo luego fue una sorpresa aún mayor. Sears había intentado de verdad dar a sus impulsos venéreos algo similar a la rectitud de *Burke's Peerage*, del Registro Social de Nueva York o de los primeros tiempos del club Metropolitano. Estas congregaciones no eran, y él lo sabía, realmente selectivas, pero tenían el resplandor, el brillo, de algo elegido, un aire de ordenación que él admiraba irreflexivamente. El desconocido, del cual no sabía ni el nombre, le llevó abajo, a un cuartito junto al vestíbulo, y allí

desnudó a Sears y se desnudó él mismo. El próximo paso de Sears, naturalmente, fue visitar a un psiquiatra.

Uno de los distintos placeres de la vida de Betsy era visitar Buy Brite, el hipermercado que había en la zona comercial de la autopista interestatal. Le gustaba, le encantaba, empujar el carrito de suaves ruedas de goma por aquel paraíso de comestibles, verduras, carnes, pescados, panes y pasteles, acompañada por la música que solía bailar el año que se enamoró de Henry. Luego, al pagar lo que había elegido, le daban un número que podía convertirla en la ganadora de cien mil dólares o de un viaje a algún lugar como Honolulu. A Betsy no le interesaba en absoluto la historia paleontológica del trueque y la mercadería, pero la pureza y la simplicidad del botín que veía en Buy Brite era como un recuerdo de los mercados y ferias de nuestra historia antigua.

El hecho de que las fortalezas del mundo antiguo hayan perdurado más que los mercados del pasado se debe a que nuestras fortalezas estaban concebidas para ser inexpugnables, dejando la impresión de que el miedo y la belicosidad eran el fundamento de nuestras comunidades primitivas, cuando en realidad esas encrucijadas donde los hombres y mujeres se reunían para intercambiar peces por cestas, verduras por carne y oro por una novia fueron los primeros lugares donde empezamos a conocernos y a comunicarnos. Parte de la emoción de Betsy en Buy Brite quizá se debiera a que estaba participando en uno de los ritos más antiguos de nuestra civilización.

Aquella tarde había ido a Buy Brite, dejando a los niños solos en casa, para comprar una botella de un jabón líquido que le había parecido eficaz,

agradable y barato. Se llamaba Flotilla. En Buy Brite había una sola puerta de entrada y salida. El pasillo de los jabones estaba muy lejos de la entrada y por el camino Betsy fue cogiendo una bolsa de patatas (que estaban en oferta), un frasco de salsa Teriyaki, una caja de galletas, una docena de huevos y unos calcetines. Tuvo cuidado de que sus compras no excedieran de diez dólares para poder usar el carril rápido. Randy era un niño inteligente y obediente, pero siempre podían surgir imprevistos. Como la tarde en que se emborrachó con extracto de vainilla y lo encontraron jugando con unas cerillas.

A lo mejor Betsy se habría fijado en la música que sonaba mientras buscaba el Flotilla si hubiese sido una música que hubiera bailado o que le recordase los placeres de la danza. Betsy pertenecía a esa generación para la cual el aire estaba casi siempre lleno de música. Oía música por todas partes; a veces oía música por el teléfono mientras esperaba a terminar una llamada. En cierto modo, esto la había dejado poco receptiva. Nunca habría advertido que esa mañana en el aire de Buy Brite sonaba una de las más grandiosas composiciones musicales del siglo XVIII.

Esta composición la había elegido el sobrino de uno de los accionistas mayoritarios, pensando que había una agradable ironía en el contraste entre la música del XVIII y el tumulto de un centro comercial contemporáneo. Era, espiritualmente hablando, un joven frágil que nunca llegaría a nada, y la ironía que tanto le gustaba quedaría interrumpida y olvidada en cosa de un mes. No existe ironía, claro está. La capital de Brandenburgo era un pueblo de mercado y en los días de verano, cuando las puertas de la catedral permanecían abiertas, los verduleros y los mercaderes debieron de oír los grandes conciertos. Betsy empujó su carrito hacia el carril rápido acompañada por la música que ha contribuido, quizá más que ninguna otra voz, a nuestro concepto de la nobleza. Betsy empujó su carrito hacia el carril 9, el carril rápido.

Maria Salazzo también estaba allí. Después de haber estudiado, durante

tanto tiempo como podía recordar, el precio de todo lo que compraba y haber intentado, sin mucho éxito, reducir sus gastos reuniendo cupones, ir ahora a los almacenes con cien dólares o más era una experiencia nueva para ella, una sensación de libertad y poder que se le subía a la cabeza. Quizá a causa de esta excitante sensación de poder se dirigió al carril rápido, a pesar de que su carrito rebosaba de comestibles. Se dirigió a ese carril al mismo tiempo que Betsy. La escena de las campanillas había dejado cierta enemistad entre ellas y no se hablaron. Estaban a la misma altura, pero Maria, quizá impulsada por su sensación de riqueza, pasó a Betsy por la derecha. La cola era bastante larga, porque a esa hora del día, al atardecer, los compradores iban a buscar lo que se les había olvidado para la cena. El primero era un muchacho con dos latas de alimento para gatos, después un negro con una bolsa de patatas fritas, una caja de queso, una lata de zumo de manzana y una novela sobre la vida sexual de Las Vegas. Detrás estaba una mujer con una docena de naranjas en una bolsa, seguida de Maria, que llevaba comestibles para una semana. La empleada estaba demasiado cansada para decirle que se fuera a otra caja y empezó a marcar sus comestibles en la caja registradora.

Betsy vio por la ventana que había comenzado a llover ligeramente. Estaba preocupada por haber dejado solos a los niños. La cajera se llamaba Maybelle y llevaba un broche grande con su nombre.

—Maybelle —dijo Betsy—, ¿sería tan amable de explicarle a esta señora que este es el carril rápido para compradores que solo llevan nueve artículos?

—Si no sabe leer, yo no voy a enseñarla —dijo Maybelle.

Las doce personas más o menos que estaban en la cola detrás de Betsy mostraron su aprobación.

—Ya era hora de que alguien dijese algo —dijo un negro.

—Dígaselo, señora, dígaselo —añadió un viejo que llevaba una cena congelada—. No soporto ver a alguien aprovechándose de la amabilidad de

los demás. Es como el fascismo. No es que viole la ley. Lo que pasa es que la mayoría de nosotros somos demasiado educados para hacer nada. ¿Por qué cree usted que ponen ese letrero que dice nueve artículos? Es para que el almacén resulte más eficaz para todos. Usted es igual que la gente que roba cosas en las tiendas, solo que usted no roba comestibles sino que roba tiempo, está usted robando a la dirección y nos está robando a nosotros. La gente como usted es la que provoca las guerras.

—¿Quiere cerrar el pico? —exclamó Maria—. ¡Métase en sus asuntos!

—Da la casualidad de que este es asunto nuestro —dijo Betsy—. Es asunto de todos. Ese letrero de ahí dice que es para nueve artículos o menos y está ahí para cualquiera que sepa leer.

—A ellos les da igual —repuso Maria.

—¿Y para qué han puesto el letrero si les da igual?

—Lo que yo sé —dijo Maria—, es que no lo han puesto para que la gente con ganas de pelea se meta donde no le importa.

—Esto nos importa a todos —rebató Betsy—. Es como conducir por el lado derecho de la calzada. Hay unas cuantas normas básicas, de lo contrario la vida se paralizaría. He dejado a mis dos niños solos en casa, porque contaba con poder utilizar el carril rápido sin tener que esperar a que alguien pagase los comestibles de una semana.

—Dígaselo, señora, dígaselo —gritó un hombre al final de la cola—. Tiene usted mi voto.

—Esta cola es para nueve artículos o menos —dijo Betsy—, y me voy a encargar de que se cumpla la norma.

Cogió una docena de huevos del mostrador y volvió a ponerlos en el carrito de Maria. Esta le agarró la mano y los huevos cayeron al suelo y se rompieron.

—No toques mi compra —gritó Maria—. No la toques o llamo a la policía.

Cogió una docena de huevos del carrito de Betsy y los tiró al suelo.

Entonces Betsy, en un irresistible paroxismo de ira, agarró el carrito de Maria y, atrayéndolo hacia sí, volcó todos los comestibles en el suelo. Maria, igualmente incontrolada y tan exaltada como si se sintiera protagonista de alguna antigua contienda patriótica o religiosa, se abalanzó sobre Betsy. Las voces y el griterío atrajeron a la gente y unos cien compradores, con sus carritos, se acercaron para observar a las dos mujeres que se peleaban por una cuestión de comestibles y prioridades. El encargado, ayudado por algunos espectadores, consiguió finalmente separarlas y echarlas por distintas salidas al lluvioso atardecer.

En la época sobre la cual escribo las modas terapéuticas cambiaban a toda velocidad, y muchos de los terapeutas de la vieja escuela estaban limpiando parabrisas en los talleres de coches. Si bien la expresión «loquero» había pasado de moda desde hacía mucho tiempo y había sido sustituida por el viejo término «psicoanalista», la convicción de que el misterio de la vida podía llegar a conocerse por medio de la interpretación de los sueños y de un exhaustivo análisis de nuestra primera infancia era posiblemente la creencia más predominante en el mundo occidental. Esta creencia, como es natural, se alzaba en el lugar exacto de las ruinas del legítimo confesionario y de la reforma del papel desempeñado por los padres en la mayoría de edad del individuo. El vocabulario freudiano había calado hondo en el vulgo, y, cuando la camarera de un bar de camioneros te derramaba encima la cerveza, decía: «Uff. Ha sido un desliz freudiano». Si se te ocurría preguntarle qué quería decir, te contestaba: «Oye, ¿a ti qué te pasa? ¿Es que has nacido ayer? Freudiano significa resbaladizo. ¡Venga ya!».

Buscando ayuda profesional, a Sears le vino a la mente la palabra «alienista», porque se usaba cuando él era joven y porque expresaba la angustia que le había desgarrado mientras estaba parado, con sus rosas en la mano, ante aquella puerta que nadie abría. No había nada, absolutamente nada, extraño en la escena y, sin embargo, se había sentido más cruelmente desterrado de lo que se hubiera sentido nunca en un pueblo de montaña de los Cárpatos la mañana nublada de un lunes. Su médico de cabecera le dio una

lista de psiquiatras y eligió a uno llamado Palmer porque en los senderos sombreados por olmos de su serena juventud había conocido a una familia feliz con ese nombre. El doctor Palmer contestó personalmente al teléfono y le dio una cita.

El despacho del doctor Palmer padecía de la misma pobreza que había observado en la oficina de Renée. Compartía la sala de espera, el lavabo y algunas revistas viejas con varios médicos más. Era un hombre alto a quien Sears hubiese descrito como mal parecido. El doctor Palmer estaba muy calvo y producía una impresión de volumen. A Sears le pareció misteriosamente raído y desaseado, considerando que tenía la consulta en el East Side, pero achacó esto a su propio provincianismo. Se equivocaba. El doctor Palmer iba raído y desaseado porque necesitaba dinero desesperadamente. No tenía mucho éxito, estaba acosado por los sanguinarios partidismos de su profesión y le preocupaba no poder pagar el alquiler. Teniendo en cuenta la cuestión sobre la que Sears buscaba consejo, la elección del doctor Palmer había sido desafortunada. El doctor Palmer era una solterona homosexual.

Con lo de «solterona» queremos decir que el doctor Palmer, por una combinación de ardiente deseo y despiadada represión, había exacerbado sus sentimientos sobre este tema. Al parecer, de vez en cuando había soportado fortuitas erecciones causadas por un torso masculino desnudo y anónimo, o por el declive de una espalda masculina, y había tratado estos levantamientos con vigilante represión. En realidad había aplastado estas casuales hinchazones como si quebrantaran el paradigma que sustentaba su equilibrio. Era víctima de un conflicto erótico que en sociedades anteriores y más tradicionales caracterizaba a la mujer soltera, la cual desempeñaba un papel definido por la amargura, la sospecha y la soledad.

Mientras Sears le contaba al médico lo sucedido el día en que compró las rosas amarillas para Renée y lo que habían hecho él y el ascensorista, el

médico se retorció en su silla.

—Usted debe de pensar que es algo neurótico por mi parte —dijo Sears cortésmente— estar preocupado por ser homosexual, pero, retrospectivamente, me parece probable que sea la preocupación más razonable que haya tenido en mi vida. Realmente, nunca he tenido motivos de preocupación a causa del dinero, los amigos, la posición o la salud, pero la verdad es que disfruté con el ascensorista y si tuviera que reconocer que soy homosexual eso sería el fin para mí. Mi sexualidad parece contener algunos elementos de autodestrucción y he venido aquí para que usted me los explique. Es como si hubiera polaridades contrapuestas en mi naturaleza. Yo considero que mi conducta sexual es moral solo porque refleja mi concepto del amor. Esto parece tener la máxima importancia. Renée tenía colgado en una de sus ventanas un pequeño cristal tallado con muchas facetas. Cuando se llenaba de luz arrojaba un espectro sobre la pared, y una tarde le dije, con toda sinceridad, que mi amor por ella era tan importante, tan iridiscente y tan insustancial como ese rayo de luz coloreada. Me contestó que yo no entendía absolutamente nada a las mujeres, pero siempre decía eso. Una vez se sacó mi polla de la boca justo el tiempo suficiente para decir que yo no entendía absolutamente nada a las mujeres.

El despacho del médico estaba en el cuarto piso de un edificio antiguo con ventanas que se abrían y se cerraban, y a través de esas ventanas Sears oyó en ese momento la voz fuerte y alegre de un hombre que llamaba a otro y le pedía que le tirara la pelota. Era una voz que provenía del campo de juego, pero la profundidad de su anhelo y su nostalgia no era solo por su juventud, sino por la fuerza, la sencillez y la belleza que la vida puede poseer. ¡Y cuánto se había alejado de eso! Estaba pagando el alquiler del psiquiatra en un sincero intento de recobrar esa simplicidad y utilidad, pero el alejamiento al que había llegado le daba pena.

—¿En qué está usted pensando? —preguntó el doctor Palmer.

—He oído una voz en la calle —dijo Sears—. Me recordó días de verano y tiempos más felices.

—Evidentemente el infantilismo es uno de sus grandes problemas —señaló el médico.

—Quiero decir —explicó Sears— que me recordó un cuarto lanzamiento cuando faltan unos veinte. Lo único que puedes hacer es darle a la pelota antes de que toque el suelo, pero qué maravilloso es; esa sensación de lanzar la pelota por el aire allá lejos es una sensación tan esperanzadora, una sensación tan de comienzo, que muchas veces me ha extrañado que el fútbol americano no haya tenido éxito en otros países.

—¿Perteneció usted alguna vez al primer equipo? —preguntó Palmer.

—No, no —dijo Sears con pena—. Siempre estuve en el segundo equipo y algunas veces de suplente.

—Está usted engordando un poco —observó el psiquiatra.

Sears se puso de pie.

—Llevo el mismo cinturón que llevaba cuando jugaba al fútbol.

—¿Ha pensado alguna vez en casarse? —preguntó Palmer.

—He estado casado dos veces —dijo Sears.

—¿Divorciado? —quiso saber el psiquiatra.

—Mis dos esposas murieron.

—Hummm —dijo el doctor Palmer.

Sears había conocido a su primera mujer —la adorada Amelia— en el intermedio de un concierto en Boston. Su pelo tenía ese tono castaño claro que, en la adolescencia, adquiere un precioso tinte rubio durante un largo verano pasado sensatamente en las playas, las cubiertas de los barcos y las pistas de tenis. Este color dorado desaparece con rapidez —puede que ese sea uno de sus encantos— y el don se pierde a los veintitantos años. Su encuentro

se produjo a finales de octubre; ella apenas tenía veinte años y su pelo estaba vetado de oro. Esto contrastaba con sus cejas. Eran sorprendentemente espesas y oscuras, y ella llevaba la cabeza muy levantada como si sus cejas fueran una carga. Su figura era soberbia, y aquella tarde llevaba un vestido de terciopelo negro y un ejemplar de *Paris Match* en la mano, doblado por una página en la que había una receta de bacalao con salsa de queso. Sears sintió enseguida que la había conocido en alguna vida anterior y nunca tuvo ocasión de poner en duda la validez de esa sensación de familiaridad. Cuando se estaba muriendo entre sus brazos, veinte años más tarde, su dolor era inconsolable, pero tenía la sensación de que ella estaba regresando a algún estrato de existencia donde se habían conocido anteriormente y donde volverían a encontrarse.

Su segunda mujer no fue tanto una elección de él, sino más bien él una elección de ella. Había puesto fin con un divorcio a un matrimonio desgraciado y sin hijos, y, cuando le propuso a Sears que se casaran, él aceptó, sencillamente. Ella afirmaba que preveía el futuro y le aseguró a Sears que serían muy felices juntos. Después de la boda, Sears descubrió que Estelle, su mujer, se consideraba una profesional de las ciencias ocultas. Ella defendía su presciencia de manera competitiva, como si la percepción sobrenatural fuera un deporte. La única experiencia de Sears en este campo había tenido lugar en la Europa oriental, donde había una famosa profetisa llamada Gallia. Sears había oído hablar de ella, principalmente a hombres de negocios estadounidenses que iban a la cueva donde vivía y le pagaban grandes sumas de dinero por sus consejos.

Una tarde en Europa oriental, un estadounidense compañero casual de copas le describió a Sears los poderes de Gallia. Había profetizado un accidente en las minas de Nuevo México, en el cual se habrían derramado muchos millones de litros de desechos radiactivos. Ese año había profetizado también que

bajarían los precios del uranio. A Sears le habían contado que se había quedado ciega a causa de un rayo cuando era niña y que vivía en un volcán extinguido, no lejos del lugar donde había vivido uno de los más famosos oráculos del mundo antiguo. El ministro de Información le había ofrecido intentar conseguirle una cita con Gallia, pero la falta de interés de Sears por el ocultismo era auténtica. Al volver una tarde a su hotel después de un día agotador, se encontró en el vestíbulo a un ayudante del ministro que traía el mensaje de que Gallia le recibiría en ese momento. Preguntó si tenía tiempo para cambiarse de camisa y le dijeron que no. Lo metieron en uno de esos grandes coches de los que disfrutaban los ministros de los países socialistas.

En el coche se encontró con la intérprete, una mujer de mediana edad que utilizaría el francés para entenderse con él. El ministro había provisto el coche con hielo y una botella de whisky. Sears estaba cansadísimo. La radio se hallaba encendida, muy alta, pero Sears sabía que no debía pedir que la apagaran, porque sería una gran decepción para el chófer. La música que se oye en las radios de los coches es muy parecida en todo el mundo y oyó el «Stardust» de Hoagy Carmichael y el segundo cuarteto Razumovsky. En aquella parte del mundo daban periódicamente informes sobre el nivel de las aguas del Danubio. Era un país donde había pocos coches y atravesaban tierras de cultivo a ciento cuarenta por hora. Aquel espléndido y rico país aún se cultivaba a mano. Esa tarde no vio una sola pieza de maquinaria agrícola y, aunque ya era tarde, todavía había hombres y mujeres cavando surcos. Algunos de ellos saludaban alegremente con la mano al paso del coche. La belleza de las fértiles tierras de labranza, bien irrigadas e inteligentemente plantadas, le conmovió, y advirtió con admiración el hecho de que la variedad de los cultivos reflejaba el cambio en las condiciones del suelo a medida que se acercaban a la ácida lava de los viejos volcanes que veía en el horizonte.

Pensó qué podría preguntarle a la adivina. Sus negocios prosperaban,

amaba a su mujer y a sus hijos, sus inversiones estaban aseguradas y su salud era magnífica. No se le ocurría nada que preguntarle. Su amigo estadounidense le había dicho que ella tenía una presencia terrorífica, tan atemorizadora que a veces resultaba difícil hacerle las preguntas que uno llevaba preparadas. Trató de imaginar algún monstruo clásico con la cabeza cubierta de culebras y echando fuego por la boca, pero estaba demasiado cansado, o demasiado borracho, o demasiado contento por la belleza de las tierras para sentirse preocupado por su entrevista con Gallia. Su intérprete le iba contando cosas sobre los comienzos de la adivina. La historia era casi tan conocida como la música de la radio. Su familia había perdido las casas y las mansiones que la mayoría de las familias han perdido en algún momento.

Llegaron al pie del volcán un poco antes de anoecer.

—¿No está usted asustado? —preguntó la intérprete.

—Oh, sí, sí —dijo Sears cortésmente.

Le parecía que no estaba dando suficiente importancia a la entrevista. Había un pequeño jardín a la entrada de la cueva de la profetisa y Sears notó que el terreno era tan ácido que casi no admitía otra cosa que perejil.

—Por favor, déjeme que le coja del brazo —dijo la intérprete—. Tengo tanto miedo que casi no puedo hablar.

En la cueva había una especie de habitación iluminada por una sola bombilla eléctrica. La profetisa estaba sentada ante una mesa cubierta con un hule limpio. Era una mujer de mediana edad que había empezado a encanecer, y sostenía la cabeza alta, con los ojos ciegos cerrados. Llevaba un vestido limpio de algodón. El sentimiento que despertó en Sears fue de absoluta cordialidad. Este prodigio, que había profetizado la caída de los precios del uranio, le inspiraba una amplia sonrisa.

Le pidió algo que le perteneciera para tocarlo y él le dio su cartera. Ella la palpó y empezó a sonreír. Luego se echó a reír. Sears también. Le devolvió la

cartera y le dijo algo a la intérprete.

—No tengo ni idea de lo que quiere decir —dijo la intérprete—, pero lo que ha dicho es *«la grande poésie de la vie»*.

La profetisa se puso de pie y lo mismo hizo Sears. Ambos reían. Entonces ella le tendió los brazos y él la abrazó. Se separaron riendo. Se había hecho de noche y no bien puso el coche en marcha, el chófer encendió la radio y se oyó una música, muy alta. Regresaron a la capital.

Este alegre y fugaz encuentro con una profetisa no ayudó a Sears en absoluto a comprender a Estelle. Ella consideraba que sus atributos proféticos eran de la máxima importancia. Parecía pensar que se trataba más de un logro que de un don. Creía que el mundo que vemos —el mundo que Sears adoraba— era superficial y, en su caso, transparente y que ella podía ver un mundo más real donde el amor y la muerte estaban claramente establecidos. A Sears le parecía que sus predicciones eran fundamentalmente pesimistas. Con mucha frecuencia preveía peleas, divorcios, pobreza, locura y suicidio. Sears no recordaba que hubiese profetizado nunca triunfos del espíritu. Se teñía el pelo de rojo y llevaba vestidos de color verde lima, y cuando te la presentaban tenías la impresión de que la habías visto en cócteles. No quiero decir en cinco o diez cócteles, quiero decir en cientos y cientos de cócteles, antes de que esa ceremonia social desapareciera de la vida pública, en la época en que el cóctel parecía constituir una parte tan esencial del anochecer como el alargamiento de las sombras. Ella parecía tan asociada a los cócteles que uno se preguntaba qué sería de ella cuando ese ritual quedara atrás.

Hubiese sido muy contrario al carácter de Sears comprobar la exactitud de las profecías de su mujer. Cuando volvían a casa después de una fiesta, ella se sentaba delante de su tocador y decía que le había sido revelado que los A. se divorciarían, que B. perdería todo su dinero, que C. sería arrestado por fraude y que la señora E. se volvería loca. Consideraba que el poder de profetizar

era su más destacada cualidad social, y la compleja ironía de su afirmación de que conocía el futuro se puso de manifiesto una noche en que tenían invitados. Estelle era una cocinera terrible; más aún, era una cocinera peligrosa, y aquella noche había preparado un arroz particularmente letal. Mientras profetizaba largo y tendido las desgracias de una familia del vecindario, Sears estaba un poco preocupado por lo que sabía del futuro inmediato. Sabía que a las tres o las cuatro de la próxima madrugada todos y cada uno de sus doce invitados, envenenados por el arroz, pasarían una hora o más en el cuarto de baño, desgarrados por una espantosa diarrea. Mientras Estelle, con los ojos entornados, esbozaba el futuro, Sears se preguntaba por qué su presciencia pasaba por alto esa violencia del futuro inmediato que él podía predecir.

El final de Estelle fue más o menos así. Había ido a un concierto matinal en Filadelfia y regresó en tren a la zona residencial donde vivían. Podía llegar al aparcamiento donde había dejado el coche atravesando un paso subterráneo o por un peligroso paso de madera, anterior al subterráneo, que iba sobre las vías. Era un atardecer invernal. Había empezado a cruzar cuando un joven le gritó:

—Eh, señora, eso es peligroso. Viene un tren.

—¿Con quién cree usted que está hablando? —exclamó, ya que era partidaria de las presentaciones y otras cortesías—. Da la casualidad de que yo conozco el futuro.

Se atravesó en el camino del Express de Trenton y todo lo que encontraron de ella fue un trocito de gasa y un zapato de tacón alto.

—Su amante masculino es una clásica invención de los neuróticos —dijo el doctor Palmer—. Se ha inventado usted un sustituto fantasmal de un compañero de colegio perdido o de un pariente masculino de su primera juventud.

—No estoy seguro de lo que entiende usted por fantasmal —dijo Sears—.

Es posible que para un hombre de mi edad el amor sea bastante fugaz. Parece que hoy en día solo conozco el amor brevemente, pero, con franqueza, no puedo estar de acuerdo con usted cuando me dice que Eduardo es un sustituto. Me ofrece una comprensión de formas de soledad que son totalmente nuevas para mí, y supongo que nuevas para otros hombres, ya que, en general, están relacionadas con lugares nuevos, como los aeropuertos.

—Naturalmente, a usted le da miedo volar —afirmó el alienista.

—No me da miedo volar —dijo Sears—, pero me dan miedo los aeropuertos.

—¿Cree usted realmente que comprende a Renée?

—Oh, no —exclamó Sears—, pero en realidad nunca me importaron aquellos aspectos de su vida que ella deseaba mantener ocultos. Quiero decir, yo la recogía muy a menudo en esos sótanos de las iglesias donde ella intentaba dejar de fumar, de beber o de comer demasiado. A veces pensaba que eran las tres cosas. Muchas veces, cuando íbamos a un restaurante, se comía la mayor parte de mi cena, pero no engorda nunca. Creo que ella quiere mejorar sus hábitos, y creo que hay más gente, más de la que uno podría pensar al mirarles por la calle, que desea lo mismo.

—¿Tiene usted amigos? —preguntó el doctor Palmer.

—Tengo montones de amigos —dijo Sears.

—Esa es la clásica respuesta del neurótico, que se construye un caparazón de simpatía y popularidad para encubrir su soledad patológica. Si tiene usted tantos amigos, podía mandarme algunos como pacientes. La política en esta profesión es absolutamente increíble. De lo contrario no le pediría que me ayudase. Me gustaría verle mañana a la misma hora.

El teléfono estaba sonando cuando Sears volvió a su apartamento. Era Renée para decirle que fuera a su casa a tomar una copa. Él estaba encantado. Recordando su última pelea, esperaba que le abriera la puerta con su vieja bata azul, o quizá sin nada. Iba sonriendo al pensar en esta posibilidad, cuando entró en el portal y vio a Eduardo, el cual rio ante la amplitud de la sonrisa de Sears. Al parecer era una relación de la que los celos habían quedado eliminados. Ella abrió la puerta no bien tocó el timbre. Le decepcionó ver que no llevaba la vieja bata azul. Llevaba un vestido, zapatos y perfume, pero, cuando la besó, sus besos eran de una suavidad y variedad tan inestimable que ya no se preocupó de su ropa. Ella le dio una copa, se sentó en sus rodillas y le desabrochó la camisa y el pantalón. Mientras ella le acariciaba el pecho, se acordó de que el profesor de gimnasia de su colegio les había dado una conferencia sobre el hecho de que el torso masculino, pese a estar desfigurado por pezones vestigiales, era completamente insensible a los estímulos sensuales. Hasta hacía muy poco tiempo nunca había puesto en duda aquella afirmación. Esto era realmente lo que uno necesitaba, pensó. Tener una mujer atractiva sobre las rodillas cuando la oscuridad desciende de las alas de la noche era, realmente, el fin del viaje. Ella le estaba besando cuando sonó el teléfono y lo dejó para contestar.

—Bajaré dentro de unos minutos —dijo ella—. El portero te dejará aparcar en doble fila.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Sears.

—Era el hombre que me va a llevar al aeropuerto.

Se fue al recibidor, donde él la oyó abrir un armario.

—¿Adónde vas? —inquirió Sears—. No me habías dicho que te fueras a ninguna parte y desde luego no actuabas como si estuvieses a punto de coger un avión.

—Podías haberte dado cuenta de que mi maleta está en el recibidor. Tú siempre notas esas cosas.

—He notado que tu recibidor está siempre lleno de maletas —gritó Sears—. He estado tropezando con las condenadas maletas durante meses.

—Bueno, ¿te importaría ayudarme a llevarla al ascensor, o tengo que llamar a Eduardo?

Estaba de pie en el umbral con un abrigo y un sombrero y poniéndose los guantes. Él sintió que se aproximaba a esas desconcertantes montañas espirituales donde dudaba de la realidad de su persona y de su mundo. Fue al recibidor y cogió la maleta.

—¿Adónde diablos vas? —preguntó.

—Vuelvo a Des Moines para ver a mi hija. Seguro que te lo he dicho pero lo has olvidado —dijo ella.

Eduardo, más como un pariente custodio que como un amante, observó con gran compostura la maleta, la cara de Sears, blanca de rabia, y los aires de viajera de Renée. El único cometido de Sears fue esperar en la acera hasta que a ella le abrieron la puerta del coche, y aceptar su beso de despedida.

—No sabes absolutamente nada de las mujeres —dijo ella.

Sears no se volvió a mirar a Eduardo, que estaba en el portal, y se fue al cine. Menospreciar nuestro mundo es despreciable, pensó, y observó únicamente que el cine que eligió estaba casi vacío, que la película era de hombres lobo y que un hombre sentado en la fila de delante se había traído la cena y se la comió mientras veía la película. Sears volvió a casa de Renée y

encontró a Eduardo en el portal. Se alegró de verle como se hubiera alegrado de ver a un amigo muy querido.

—Tenemos que encontrar alguna cosa que podamos hacer juntos —le dijo—. ¿Te gusta pescar? ¿Te gustaría ir de pesca?

—Claro que me gustaría ir de pesca —respondió Eduardo—. Pronto tendré unos días de vacaciones, pero tengo que confirmar con el sindicato la cuestión del sustituto.

—Conozco un buen lago de lucios al norte del estado —dijo Sears—. Había una fonda decente. ¿Tienes aparejos?

—Creo que tengo un par de cañas de anzuelo —dijo Eduardo—. Tendré que mirar. A lo mejor me las han quitado mis hijos.

—¿Qué hacen tus hijos? —preguntó Sears.

—El más joven trabaja en Rutgers. El mayor toca el piano en un club de jazz en Aspen. Eso está en Colorado.

—Bueno, buenas noches —se despidió Sears—. Ya haremos planes.

—Buenas noches.

Diez días más tarde, en un coche alquilado, Sears y Eduardo se dirigieron al norte, camino de un lago cerca del páramo canadiense, donde Sears recordaba haber pescado hacía diez años, aunque su memoria se equivocaba a menudo y podía haber sido veinte años antes, o incluso más. Partieron hacia el norte en una mañana lluviosa y esto correspondía exactamente al sentido que tenía Sears de la adecuación de las cosas. Eduardo condujo hasta que pararon a comer en algún sitio.

—Yo conduciré —le dijo Sears luego.

Eduardo le tiró las llaves y, tan pronto como se pusieron en carretera bajo la lluvia, se durmió. Sears se sentía tremendamente feliz.

Condujo hacia el norte por la ruta 774 que, como cualquier vía principal, había cambiado muchísimo en los últimos diez años. Esto no le desilusionó, pero observó los cambios producidos. Viajaban por una comarca que había sido de pequeñas alquerías, donde los campos de un acre o de medio acre estaban delimitados por muros de piedra o ligeras empalizadas. Había unas cuantas iglesias y granjas del siglo XIX, e incluso anteriores, que carecían por completo de pretensiones pero que, por su encanto e imaginación, resultaban especialmente nobles. La 774 era ahora una parte de esa red de carreteras comerciales que atravesaba todo el continente. Sería absurdo lamentar la decadencia de las pequeñas alquerías, pero aquellas aldeas en ruinas constituían para Sears un espectáculo melancólico, como si un pueblo verdaderamente emprendedor hubiese tomado un giro equivocado y hubiese caído en una cultura gitana. Aquí estaban los más fugaces compromisos y los más grandes dioses del hogar. Junto a un autocine porno había dos tiendas de muebles, cuyos artículos requerían la fuerza de dos o tres hombres para moverlos. Pensó en un paisaje, en una sociedad —se contaba entre ellos— que había perdido el sentido de una cosecha.

Mientras conducía pensó, muy satisfecho de sí mismo, en lo que había hecho para mejorar la situación; lo que había hecho por mejorar el lago de Beasley. Había contratado al ambientalista, Chisholm, y pagado a un laboratorio de Cornell para que determinara la toxicidad del agua. Los informes no estaban concluidos, pero habría un juicio oral en Janice la semana siguiente. Chisholm hablaba de la gente que estaba destruyendo el lago como una enorme y poderosa organización criminal, que estaba sobornando a los pequeños municipios y contaminando las reservas de agua para beneficiarse del alto coste de los terrenos de relleno. Sears no estaba totalmente convencido. Chisholm era uno de esos hombres cuya valía, en opinión de Sears, era más un rasgo genético que una capacidad de convicción. Uno lo encontraba por todo

el mundo. El tamaño de los dientes de Chisholm, el grosor de sus gafas, su manera de andar, inclinado hacia delante y dando saltitos, todo le definía como un reformista desinteresado. Su matrimonio, supuso Sears, no sería un éxito y sus hijos tendrían dificultad para encontrarse a sí mismos. Sears no iba muy desencaminado. La 774 parecía una extensión de la destrucción del lago de Beasley.

Ya era tarde cuando llegaron a la fonda. Sears quedó defraudado, pero no sorprendido, al encontrarla flanqueada por dos freidurías. La fonda había cambiado de dueño infinitas veces desde que él estuvo allí. Bebieron mucho en el bar, pero, cada vez que mencionaban la pesca, el camarero cambiaba de tema. La cocina estaba cerrada y tomaron unos sándwiches. En su habitación vieron un programa de televisión y se fueron juntos a la cama. Sears se despertó. No tenía ni idea de la hora que era, pero parecía esa en que uno tiene la ilusión de poder penetrar hasta el fondo de las cosas. Se acercó a la ventana. Las freidurías estaban cerradas pero tenían las ventanas abiertas y el olor a comida frita llenó su habitación.

Fue el olor de la comida frita lo que invadió su conciencia. Pensó, aunque solo por un momento, que la comida frita era una nueva aberración, como la autopista con sus salidas de peaje reducido y sus espectáculos porno a los que se podía entrar con el coche. Rápidamente corrigió esta idea casual, reconociendo que una de las primeras cosas que se olieron en el planeta fueron los alimentos fritos. Después del descubrimiento del amor, la importancia de la caza y la constancia del sistema solar, vino el olor de la fritura. Aún ahora, al final de la cosecha, en los lugares más inaccesibles de los Cárpatos, los pastores bajan de las montañas con sus rebaños, en el otoño, para escuchar los violines zíngaros y un tambor sin tirantes y para oler las salchichas mientras giran sobre un fuego de carbón. Era bárbara —no reconocía autoridad— y su magia era la malnutrición, el acné y la obesidad.

Era indigerible y tenía un fuerte olor y, si había mala suerte, sería lo último que olieses camino de tu ejecución. Y no portátil. Podías comerla sobre una silla de montar, subido en una noria o paseando entre las casetas de una feria pueblerina. Podías comerla con los dedos, cogiéndola de un cucurucho de hojas, de corteza de árbol o de piel humana, mientras remabas en tu canoa de guerra o marchabas hacia la batalla. Cuando hicieron el primer sacrificio humano, estaban tomando comida frita. En el Coliseo estaban friendo berenjenas cuando le quebraron los huesos al filósofo en el potro de la tortura y cuando arrojaron los santos a los leones. Estaban comiendo alimentos fritos cuando colgaron a las brujas, descuartizaron al pretendiente al trono y crucificaron a los ladrones. Las ejecuciones públicas fueron nuestras primeras celebraciones y esta era la comida de fiesta. También era la comida de los amantes, de los jugadores, de los viajeros y de los nómadas. Al celebrar y ensalzar la comida frita, todas las grandes carreteras del mundo mantenían vivos nuestros primitivos recuerdos de cazadores y pescadores itinerantes, cuando no poseíamos historia y teníamos muy escasa visión de futuro. Este era el alimento de los vagabundos del espíritu.

Eduardo dormía ruidosamente cuando Sears regresó a la cama. A Sears le habían dicho que esta clase de amantes eran siempre ladrones, mentirosos, traidores y a veces asesinos, pero él pensó que nunca había conocido a nadie tan honrado. Entonces sintió una oleada de lujuria y con ella la revelación de que estas cavernas de su naturaleza jamás tendrían coherencia. Lo que sentía por Eduardo era más parecido a la nostalgia que al espíritu aventurero del amor tradicional, pero no era un sentimiento menos fuerte. Comprendió que, si verdaderamente buscaba la pureza, nunca la encontraría en sí mismo.

Por la mañana se despertaron muy alegres. Eduardo se lavó la cabeza con un champú que se anunciaba diciendo que daba a su pelo un esplendor radiante. Esto le recordó a Sears la alegre y sana vanidad de esa etapa de la

vida y, sin ningún pesar, la enorme diferencia de edad que había entre ellos. ¡Cuánto tiempo hacía que Sears no habla metido la cabeza en un lavabo lleno de agua y se había peinado con la esperanza de resultar atractivo!

Después de desayunar alquilaron un fueraborda. Las aguas donde había pesca eran para Sears una creación con la que disfrutaba de una intensa relación. Estaba disfrutando de ella mientras ataba un sedal cuando el hombre que les había alquilado la barca se acercó y les dijo:

—No puedo dejarles ir sin decirles que aquí no ha habido un pez desde hace diez años. La última vez que analizaron el agua, creo que hará unos tres años, era un poco más ácida que el vinagre corriente.

—¿Hay algún otro lago por aquí? —preguntó Sears.

—Sí, hay como cien lagos por aquí —dijo el hombre—, quizá doscientos, pero todos son igual de ácidos. Naturalmente, nada les impide intentarlo. Puede que los peces estén volviendo.

De todas formas salieron a pescar en las aguas deshabitadas y echaron el anzuelo durante una hora más o menos. Sears notó que Eduardo lanzaba el sedal con loable gracia y destreza. Cuando regresaron con la barca, Sears le preguntó a su amigo qué iba a hacer durante el resto de sus diez días de vacaciones.

—Me llevaré a mi mujer a Key West —dijo—. El sindicato tiene unos viajes organizados que no hace falta reservar con antelación. La llevé allí hace dos años y le encantó.

Volvieron de nuevo por la autopista y de nuevo llovió. La compañía de ese hombre más joven ayudó a Sears a comprender mejor la barbarie y el nomadismo de la 774. Se despidieron en el apartamento de Sears.

—Te veré cuando Renée vuelva de Des Moines —dijo Sears—. Ponte bien moreno.

Después de la pelea en el hipermercado, Henry se dio cuenta de que Betsy necesitaba un cambio. Pidió un día de permiso y decidieron ir a la playa de Chelmsford. No estaría tan abarrotada como estaba siempre los fines de semana, y ellos no disfrutaban mucho cuando había tanta gente. Betsy preparó una comida fría, con limonada para ella y cerveza para Henry, y salieron a eso de las diez de la mañana con Randy y el pequeño Binxie en su sillita. Era un hermoso día de verano. Hicieron el viaje en menos de dos horas, y a ambos les agradó llegar a la playa en un día laboral, cuando la mitad de los aparcamientos estaban cerrados y la tranquilidad de la playa era simplemente algo en lo que entrabas, en contraste con sus recuerdos de los fines de semana, en los que la tranquilidad era algo que tenías que buscar como una aguja en un pajar. Encontraron un sitio bonito y colocaron una sombrilla para proteger al pequeño Binxie, que estaba agarrado a su biberón. Betsy y Henry se dieron un baño muy agradable y luego ella salió y se tumbó en la arena y Henry le dio a Randy una clase de natación.

—¡Eso es, eso es, así se hace! —gritaba Henry una y otra vez.

Parecía muy contento y excitado. Un poco más allá había un grupo de ancianos. Eran tan viejos que si se metieran en el mar se hundirían. Estaban sentados en la arena, vestidos de arriba abajo, incluyendo chalecos y sombreros, y una de las mujeres no dejaba de repetir:

—¡Oh, qué habremos hecho para merecer un día tan hermoso!

Betsy no entendía lo que quería decir con eso. Luego Randy vino corriendo

y le dijo que ya había aprendido a nadar, así que ella se acercó a la orilla para que él le mostrase sus avances. Estaba encantada de ver lo satisfechos que se sentían tanto él como su padre y no comentó que el agua salada te sostenía mejor y hacía que fuera más fácil nadar en el mar que en las piscinas, que era donde ella nadaba casi siempre. Luego comieron los sándwiches y Henry bebió su cerveza y besó a Betsy y se puso muy amoroso, pero no había ningún sitio y sabían que cuando hacían el amor, o simplemente pensaban en ello, Randy se sentía muy solo y marginado y no quisieron estropearle el día de playa, y ella comprendió que Henry dejase de besarla. Había traído una pelota, y Randy y Henry se lo pasaron muy bien tirándosela el uno al otro, y ella estaba contenta solo con tumbarse en la arena, oyendo el ruido de las olas y percibiendo el olor del agua salada.

En su familia no había pescadores ni marineros y, que ella supiera, no tenía la menor relación con el mar, pero el océano, el cielo azul y la arena, todo ello le parecía sumamente natural, como si fueran su hogar, aunque no podía imaginar lo que sería vivir cerca del mar con sus tormentas invernales y sus tempestades. En su vida había visto el océano salvo en días de verano. Nadó una y otra vez. Luego el grupo de ancianos se marchó y las sombras empezaron a descender sobre el mar. Recogieron sus cosas. Eran las últimas personas que quedaban en la playa y Binxie se había dormido. Mientras recogían las toallas y los papeles de los sándwiches y los pañales de Binxie, ella recordó haber visto en la tele el momento en que un astronauta era lanzado al espacio. Después de la cuenta atrás, la cámara mostró a la gente que había en aquella playa recogiendo sus cestas de la merienda, sus toallas y sus sillas plegables y dirigiéndose a los aparcamientos, y recordó que aquello la había conmovido más profundamente que la idea de que un hombre se paseara por la Luna. Casi todos los que estaban en la playa se habían marchado a casa temprano, y a ella le pareció que se habían ido porque habían recibido algún mensaje urgente de

abandonar la playa y que la playa era su hogar y que al marcharse serían como evacuados de guerra o, mucho más actual, como esas personas que vivían cerca de vertederos tóxicos y que tenían que viajar durante años, quizá toda la vida, en busca de un nuevo hogar.

—Ha sido un día de playa estupendo, cielo —le dijo a Henry cuando llegaron al aparcamiento, y le besó—. Siempre me ha gustado pasar un día en la playa y este ha sido muy agradable.

Él la besó y le dijo:

—A mí también me ha parecido un día muy agradable, pero te voy a pedir que conduzcas tú hasta que lleguemos a la ruta 224, si no te importa. Estoy quemado por el sol y tengo los ojos irritados y me gustaría descansar antes de meterme en el intenso tráfico de la ruta 224.

—Sé a lo que te refieres —repuso ella—, pero me encantará conducir.

Así que él se sentó en el asiento de atrás con Randy y pusieron la sillita de Binxie en el asiento delantero y emprendieron el camino.

—Ese sol me ha dejado molido —dijo Henry, y eso fue lo último que oyó de sus labios.

Poco después el pequeño Randy se quedó dormido, Binxie hacía ya mucho que dormía, y se encontró sola en el coche como un capitán de barco, pero era una grata sensación de soledad. Sabía a qué se refería Henry con lo de sentirse molido, pero ella tenía suficiente energía para llevar hasta la 224 un coche con tres hombres dormidos a quienes amaba. La 224 era una confluencia de autopistas de seis y ocho carriles que le hacía recordar con nostalgia la simplicidad de su día en la playa, donde no había nada más difícil de abarcar que el cielo azul y el agua salada. Todas aquellas autopistas convergentes y el ruido como latigazos del tráfico le hicieron pensar —tontamente, bien lo sabía— si la vida moderna con sus autopistas no habría privado a los hombres y mujeres de una belleza intrínseca que el mundo poseía. De sobra sabía que

nunca hubiesen podido llegar a la playa de Chelmsford de no ser por esas autopistas que parecían tan extrañas. Estaba cansada, cansadísima, y, aunque le desagradaba despertar a Henry, al acercarse a la intersección consideró que sería peligroso que ella continuase conduciendo. Había un arcén ancho y seguro dos o tres kilómetros antes de la intersección y se paró allí.

—Arriba todos —dijo—. Su capitán necesita dormir.

Randy ni siquiera se despertó y, tan pronto como Henry cogió el volante, ella se quedó dormida y durmió hasta que Henry la despertó cuando llegaron a Janice.

—No recuerdo que el sol me haya dado nunca tanto sueño —comentó Henry—. Puede que tenga algo que ver con el solsticio. Creo que me voy a ir a la cama.

—Yo también —dijo Betsy—. ¿Has metido a Binxie en casa?

—Yo no he hecho nada con Binxie. —Luego gritó—: ¡Dios mío! He debido de dejarlo en el arcén. Lo saqué del coche cuando cambiamos de sitio, ¡y debo de habérmelo dejado allí!

Ella se echó en sus brazos sin decir nada. La importancia del amor que se tenían nunca había resultado tan evidente. La cruel tragedia del niño perdido parecía soportable mientras estuvieran abrazados.

—Llama a la policía —le pidió Henry—. Yo volveré a la ruta 224. Tendré que dar toda la vuelta hasta la 427 para cogerla en dirección norte.

—No sé qué decirle a la policía —dijo Betsy.

—Diles que hemos dejado a un bebé en el arcén de la 336 cerca de la confluencia con la 224 en dirección norte.

—¿Qué pasa? —preguntó el pequeño Randy, que acababa de despertarse—. ¿Por qué estáis tan raros?

—Hemos perdido a Binxie —dijo Henry.

—¿Está muerto? —quiso saber Randy, algo preocupado y algo esperanzado.

—Claro que no —dijo su madre suavemente—. Pero ¿por qué no entras en casa y miras si hay algo en la tele?

Luego besó a Henry, abrió la puerta y entró en la casa con Randy. Llamó a la policía.

—Quiero dar parte de un bebé que ha sido abandonado en el arcén de la ruta 336, unos tres kilómetros antes de la confluencia con la 224. El bebé está en una sillita azul.

—¿Se trata de un secuestro? —preguntó el policía.

—Oh, no, no, no —dijo ella—. Fue solo una estupidez, solo una estupidez.

—Me temo que eso no pertenece a nuestra jurisdicción —dijo el policía—. Tendría usted que llamar al Departamento de Transportes.

Cuando ella se echó a llorar, él le dio el número.

Horace Chisholm, el ambientalista, iba conduciendo por la ruta 336, dirección sureste, a última hora de esa misma tarde. Chisholm había sido, hasta hacía un año, profesor de bioquímica en un instituto, pero llegó a sentir que los riesgos del medioambiente que le rodeaba le exigían hacer lo que pudiera para corregir esa amenaza a la vida en el planeta o, por lo menos, informar a las víctimas potenciales. Volvía de la reunión de una junta de planificación urbana, en la cual se había decidido cambiar la clasificación de una zona, lo que significaba pavimentar un kilómetro cuadrado para convertirlo en un centro comercial, además de envenenar y corromper unas tierras pantanosas que alimentaban dos arroyos que, a su vez, alimentaban recursos de agua potable. El hecho de que pasarían diez años, o incluso quince, antes de que la comunidad notase los graves daños, había sido el factor decisivo en la votación. Evidentemente, todos ellos habían pensado que para cuando el agua potable se volviera letal, ya estarían viviendo en otro sitio.

Esta idea preocupó a Chisholm. Las disminuidas responsabilidades de nuestra sociedad —su erratismo, su dependencia de la aceleración, su naturaleza parasitaria— le preocupaban profundamente. Veía todo ello simbolizado en la ruta 336. Nunca se le había ocurrido que una sociedad hermética tuviese limitaciones comparables. Era un hombre verdaderamente honrado y concienzudo, pero su mujer le había encontrado inmovilista y le había dejado. En realidad, le había obligado a dejarla, y ella y sus dos hijas se habían quedado a vivir en la casa de Queens, mientras que él vivía solo en un pequeño apartamento en la ciudad. Fue él quien se marchó de casa, pero fue ella la que se alejó espiritualmente.

La ruta 336 era agotadora para cualquiera, pero para un ecologista que acababa de perder unos terrenos pantanosos quizá fuese todavía peor. Lo que determinó la votación a favor del centro comercial fue, en primer lugar, una promesa de reducir los impuestos y, en segundo, la pura irresponsabilidad. Cualquier demostración de venalidad es deprimente. Chisholm se sentía perdido. Nada le esperaba en su apartamento. No había ni una mujer, ni un hombre, ni un perro, ni un gato, y probablemente la cinta de su contestador automático estaría en blanco; además, el barrio donde vivía se había convertido en un lugar anónimo, como de tránsito, por lo que tampoco habría camareros o tenderos que le saludasen. Encendió la radio, pero la única música que pudo encontrar fue música disco, la música disco de esas discotecas que habían sido cerradas hacía tres años por tráfico de drogas o por impago de impuestos. Buscaba el recuerdo de algún lugar, alguna evidencia de que hubo un tiempo en que él había podido conectar, de una manera extremadamente creativa, con su mundo y con sus semejantes. Sentía la nostalgia de eso como si se tratara de un país que se hubiese visto obligado a abandonar.

Pasó a un coche azul y le pasó un coche rojo. Después pasó a dos coches

gris claro y a una furgoneta marrón. Tenía gasolina en el estómago y una ligera erección. Se sentía tan solo que, cuando el coche que iba delante le hizo una señal indicando que iba a desviarse, sintió como si un extraño le hubiera tocado afectuosamente en un hombro en algún lugar como un aeropuerto lleno de gente, y deseó encender sus luces o responder con alguna otra señal, del mismo modo en que se tocan, a veces, los desconocidos que viajan juntos, aunque no volverán a verse nunca más. En una fantasía solitaria de nomadismo, imaginó un mundo en el que los hombres y las mujeres se comunicarían principalmente por medio de señales luminosas y en el cual él pediría en matrimonio a una desconocida porque había encendido sus luces de posición una hora antes del anochecer, revelando con ello un temperamento romántico y flexible.

Pasó a un coche azul y le pasaron dos coches negros, una furgoneta marrón y un convertible. Su realidad física y la realidad del coche que conducía eran inexpugnables, pero su realidad espiritual parecía estar desvaneciéndose de un modo que nunca había experimentado antes. Parecía haber perdido hasta la capacidad de lamentar su pasado y las aventuras de ese pasado. La pareja de amantes que iban en un coche delante de él —la muchacha le metía la lengua en el oído al conductor— ni siquiera le despertaron envidia. Parecía estar a punto de convertirse en una cifra. El dolor, quizá el más amargo que había conocido, carecía de los atributos del dolor y de su habitual crueldad.

Luego se sintió perdido. Estaba perdido. Había perdido su corona, su reino, sus herederos y sus ejércitos, su corte, su harén, su reina y su flota. Por supuesto, nunca había poseído nada de esto. No era dado a engañarse a sí mismo en ningún sentido. Entonces ¿por qué sintió como si le hubieran arrebatado cruelmente lo que nunca había creído poseer? Era como si lo hubiesen arrojado físicamente del santuario de alguna iglesia, aunque él jamás se había entregado a nada que pudiese llamarse oración seria.

Entonces vio moras en los matorrales que bordeaban el arcén. Podría parar y comer algunas moras. Eso sí que sería algo real y auténtico. A su madre le gustaba coger moras cuando iban de paseo en coche. Ella no había olvidado los tranquilos caminos y carreteras de su juventud, y nunca entendía por qué su marido no se paraba en una autopista el tiempo suficiente para que ella pudiese coger moras o violetas. Chisholm estaba buscando moras, pero moras que creciesen en un sitio donde el arcén fuese lo bastante ancho para que él pudiera aparcar el coche sin peligro. Entonces vio el azul intenso de una sillita de niño. No sabía lo que era, pero aquel color azul vivo parecía indicar que se trataba de algo digno de atención. Podía haber sido un papel de envolver, o una bufanda o alguna otra prenda de vestir que un amante ardoroso hubiera tirado. No había ningún coche detrás de él, y se detuvo para ver qué era aquella cosa azul. Cuando encontró a un bebé, limpio y contento, agitando las manos y los pies, exclamó:

—Tú debes de ser Moisés, debes de ser el rey de los judíos.

Un abandono fue lo primero que se le ocurrió, aunque era difícil imaginar que un niño tan limpio y feliz hubiese sido abandonado. A lo mejor había una nota, pensó, que explicara el abandono del bebé, y rebuscó entre las mantas, pero lo único que había era un biberón medio vacío. La limpieza de las ropas del bebé sugería que, si el niño había sido abandonado, se trataba de un abandono trágico, una separación cruelmente impuesta, una privación. Imaginó a una joven madre llorosa. Lo sensato sería continuar hasta la próxima salida y buscar una comisaría de policía. La idea de que la policía podría arrojar a la criatura a un orfanato le despertó anhelos paternales y protectores, aunque no estaba en situación de criar a un niño en su apartamento.

Colocó la sillita en el asiento delantero y, después de esperar su turno, volvió a unirse a la corriente de tráfico. Se sentía especial. Le parecía que el suyo era el único de los pocos coches que había en la carretera que llevaba un

bebé encantador. La próxima salida señalaba GASOLINA, COMIDA, y Chisholm la tomó. Su primera parada fue un taller mecánico, donde le indicaron cómo encontrar la comisaría. Estaba en un edificio municipal de los años veinte que tenía una estatua de la justicia con los ojos vendados sobre la puerta. Sosteniendo la sillita con ambas manos, Horace tuvo dificultades para abrir la puerta. Nadie se ofreció a ayudarlo. En el vestíbulo, una flecha le dirigió hasta una mesa a la cual, según supuso, la gente llegaba con sus problemas, pero rara vez con un bebé sonriente.

—He encontrado a este niño en la ruta 336 —dijo—, un poco antes de la confluencia con la 224.

—No se estará usted quedando conmigo, ¿verdad? —dijo el policía que estaba detrás de la mesa—. Llevo treinta y siete años en el servicio y nadie me ha dicho nunca que hubiese encontrado un bebé en la ruta 336.

—Eh, Charlie —gritó alguien desde el fondo—. Tenemos una llamada reclamando un bebé perdido por si alguien lo encuentra. Llamó una tipa desde un sitio que se llama Janice y dijo que olvidó el crío en la 336. Tenemos su número de teléfono. Está histérica.

Chisholm se alegró enormemente. El bebé continuaba haciendo arrullos y gorgoritos y la mayor parte del personal de la comisaría vino a verle. A todo el mundo parecía agradecerle devolver una criatura a su madre, y se decidió que la llamase Chisholm.

—¿Señora Logan? —preguntó cuando oyó la voz de Betsy—. Soy Horace Chisholm y usted no me conoce, pero he encontrado a su niño en la ruta 336. El bebé está bien y contento y la espera en la comisaría que hay cerca de la salida 37.

Betsy estaba histérica, pero cuando pudo contenerse explicó que Henry estaba en la carretera yendo hacia el sur para coger la 224 en dirección norte, y les dio el número de matrícula. Acordaron que la llamarían tan pronto

localizaran a Henry, y el aviso por radio para que le buscaran no llevaba más de diez minutos en el aire cuando un coche patrulla le encontró. Entonces llamaron a Betsy y esperaron a que llegara Henry. Los policías se habían vuelto posesivos respecto al niño.

—Usted puede irse ya —le dijeron a Chisholm—. No hace falta que se quede. Nosotros le entregaremos el niño a su padre.

—Prefiero esperar hasta ver al niño en brazos de su padre —dijo Chisholm.

Ver el reencuentro del niño con su padre le parecía una parte esencial de esa tarde.

Cuando Henry entró corriendo y vio al niño en su sillita azul, se echó a llorar. Estrechó al pequeño Binxie entre sus brazos y por primera vez Binxie también se echó a llorar.

—Quiero darle las gracias —dijo Henry—. Mi mujer y yo deseamos darle las gracias. Vivimos en Janice y me gustaría saber si podría usted cenar con nosotros mañana. Mi mujer hace unos *fettucini* estupendos. Los hace con espinacas. Vivimos en Janice, en Hitching Post Road. Está como a una hora de la ciudad.

—Me gustaría ir a cenar a su casa —dijo Chisholm.

—Cenamos a eso de las seis —dijo Henry—. Nos gusta cenar temprano.

A la tarde siguiente, Horace se bañó y se vistió, satisfecho y confiado gracias al recuerdo de que había encontrado un bebé y se lo había devuelto a sus padres y de que tomaría *fettuccini* verdes en su compañía dentro de poco. La continuidad parecía ser lo que buscaba la tarde anterior, cuando se sintió tan dolorosamente perdido. Ahora estaba contento, aunque no podía poner sus esperanzas en la repetición de una cadena de sucesos tan improbable. Se concentraría en esta tarde. No podía hacer otra cosa. Era la segunda vez que iba a Janice y conocía el camino. Hitching Post Road no estaba lejos del lago de Beasley. Cuando llamó al timbre, le abrió Henry.

—Esta es Betsy, mi mujer —dijo—. Ya sé que habló por teléfono con ella. Betsy le miró con timidez y dijo:

—No sé si debería hacer esto o no, pero tengo que hacerlo.

Luego le echó los brazos al cuello y le besó en la boca.

—¿Le resultó difícil encontrar el sitio? —le preguntó Henry.

—Ya había estado en Janice —dijo Horace—. Uno de los trabajos más difíciles que he tenido es el del lago de Beasley. Estamos intentando limpiar la polución que hay allí.

—El señor Salazzo, que vive aquí al lado, supervisa los vertidos —señaló Betsy.

—Tendremos que acortar un poco el aperitivo —dijo Henry—, porque a Betsy no le gusta que se pasen los *fettucini*. Su madre es italiana y ella dice que en Italia cocinar la pasta es todo un arte.

Tomaron unas copas y, mientras Betsy estaba en la cocina, Henry ofreció una caja de galletitas saladas que, según decía la etiqueta, estimulaban la conversación. No había ninguna necesidad de eso, ya que la alegría de haber recuperado a su hijo hacía que disfrutaran de la presencia de Horace de una manera espontánea e intensa. Los *fettucini* estaban buenos, y el hecho de que la luz de las dos velas que había sobre la mesa apenas les permitiera verse no disminuyó los placeres de la velada. Después de cenar, se sentaron cómodamente y vieron sus programas favoritos de televisión. A las once, cuando acabó el espectáculo, Horace se despidió y Betsy volvió a besarle tímidamente. Quedaron en que él les llamaría la próxima vez que fuese al lago de Beasley.

—No sabemos cómo agradecerle que salvara la vida de Binxie —dijo Betsy.

—Hagan lo que puedan por salvar el lago de Beasley —repuso Horace.

El juicio oral que los enemigos de Sears habían amañado se celebraba en el ayuntamiento de Janice, un edificio de ladrillo del siglo pasado. Teniendo en cuenta el poder de la organización que Chisholm le había descrito, el edificio le pareció modesto. En el vestíbulo había carteles animando a los transeúntes a matricularse en clases de kárate, de ballet y de lectura reparadora. Esto despertó en Sears ese malhumor del contribuyente que era tan característico de su generación. Había un ascensor con el letrero de NO FUNCIONA, y subió un tramo de escaleras muy empinadas para llegar a la sala del juicio oral. Respirando profundamente, jadeando en realidad, notó que el aire del edificio estaba impregnado de desinfectante. Era un olor penetrante e intenso y le recordó el sentimiento de soledad y la regimentación de la Europa oriental, donde hasta los vestíbulos de los hoteles de lujo —incluso el Kremlin Palace— olían a desinfectante. Volvió a acordarse de Europa oriental cuando llegó al piso de arriba. Al parecer, todo el mundo estaba fumando y el vestíbulo, lleno de humo de tabaco, ofrecía una imagen del pasado. ¡Cuánto tiempo hacía que no veía tanto humo de cigarrillos! Entró en la sala del juicio, donde ya se habían congregado unas cincuenta personas. A Sears le pareció que algunas de ellas habían entrado para escapar de la lluvia que caía afuera y porque en ningún otro sitio serían bien recibidas. Chisholm estaba al fondo de la sala, conversando con una mujer joven y Sears lo saludó con la mano y se sentó en una de las primeras filas.

La sala era un poco como un tribunal improvisado, con una mesa sobre una

tarima para las autoridades. Aún no se habían sentado, pero había letreritos con sus nombres delante de sus puestos. Si era cierto que el poder de la organización tenía sus raíces en la Europa del este o en la Europa del sur, como afirmaba Chisholm, no era posible deducirlo de su nomenclatura. Sus nombres eran tan claramente campesinos que hubieran podido pertenecer — pensó Sears— a jugadores de equipos de béisbol de tercera división. Parecían nombres del pasado rural, cuando uno compartía su apellido con los caminos vecinales, los lagos, los pantanos y hasta las montañas. El alcalde, que según Chisholm era un títere de la oposición, se llamaba Chauncey Upjohn y sus lugartenientes eran Copley Townsend y Harrison Porter. En las paredes de la sala colgaban dos fotografías grandes de ancianos barbudos. Además, había otra fotografía grande del pueblo después del catastrófico incendio de 1832. Lo único que había quedado en pie eran las chimeneas. También había en la pared un bajorrelieve del escudo de la villa, que era el retrato de uno de los indios Nock-Sink que habían poblado las orillas del río. El guerrero tenía la nariz aguileña y un tocado de plumas y sostenía un hacha de guerra con la cual, considerando la sangrienta historia de su pueblo, probablemente habría mutilado a algún jesuita. Chisholm se reunió con Sears unos minutos antes de que comenzase la sesión. Los dos hombres habían pasado la tarde en los terrenos que rodeaban el lago de Beasley.

Habían hecho la excursión con vadeadores. Mientras chapoteaban en los marjales, Chisholm recitaba una letanía de los venenos que el laboratorio había prometido encontrar en las aguas. En el agua del lago, Sears vio pequeñas islitas de algo que parecía excrementos fermentados. Donde el agua estaba clara se veían tiras de algo repugnante semejantes a los objetos que se usan en la brujería.

—La contaminación ha traído los gusanos de cola de rata —dijo Chisholm—. Hace dos años no se encontraba *Helobdella stagnalis* en un lago como

este. Otro recién llegado es el gusano del lodo. La *Glossifonia complanata* también es nueva.

Lo único que le alegró fueron las espadañas (*Typha latifolia*) y las *Phragmites communis*, el carrizo.

Los marjales desaguaban en un torrente que para Sears tenía el aspecto de un arroyo de truchas. Corría sobre cantos rodados, formaba pozas profundas, su anchura era variable, no se podía prever su variedad a medida que descendía entre los bosques, siguiendo la ley de la gravedad, hacia su propio destino. La ilusión de pureza que poseía el arroyo, su música y el verdor de sus riberas le recordaron a Sears los cuadros que había visto del paraíso. La arboleda sagrada no era una parte legítima de la imagen, pero la blancura del agua al caer, la variedad de sus sonidos, la serenidad de las pozas que veía correspondían a un recuerdo tan hondo como cualquiera de los que poseía. De rodillas en innumerables iglesias episcopalianas, tétricas y mal ventiladas, había alabado el principio del mundo. Lo había oído describir como un mar de cristal y criaturas vivientes llenas de ojos, pero, al parecer, nunca había creído que un manantial fuera otra cosa.

La relación de venenos de Chisholm era interminable. Bifenilos policlorurados. Dioxina. Cloroformo. Toroviveno. Clorestemia. Mustin y Traxón. Mientras se alejaban de los marjales en dirección al encantador arroyo, Chisholm iba recitando las enfermedades que estos productos químicos producían en el hombre. Raquitismo. Ceguera. Tumor cerebral. Impotencia. Esterilidad. Y todas ellas eran ciertamente preferibles a lo que le sucedió a una mujer de Mitcheville, que tuvo un aborto y el feto se parecía más a un perro que a un ser humano.

De vez en cuando la voz del arroyo era más alta que la de Chisholm. Un arroyo de truchas en un bosque, una corriente de agua potable, era para Sears el puente que cruza el misterioso abismo entre nuestro yo espiritual y nuestro

yo carnal. Qué despreciable resultaba su pánico respecto a su propia contaminación comparado con esto. Cuando era joven, los arroyos parecían hablarle en la lengua de los hombres y en la de los ángeles. Ahora que era un viejo que hablaba seis idiomas —todos ellos mal—, el sonido del agua parecía ser el lenguaje de su nacimiento, una lengua que hubiera hablado antes de nacer. Suave y fuerte, alto y bajo, el sonido del agua le evocaba la sensación de escuchar detrás de la puerta de la habitación donde se celebraba la fiesta.

Recordó otras voces que había oído involuntariamente. Una fue al final de alguna guerra en la cual había sido soldado, cuando pasó un día o dos esperando un destino o un transporte, en un cuarto amueblado de alguna ciudad en la que era forastero. No podía dormir y se asomó a la ventana para escuchar el rumor de la ciudad desconocida y lo que oyó fue la voz de una mujer, proveniente de una ventana próxima. La voz era clara, débil a causa del sufrimiento y muy conmovedora.

—Ya no soy yo misma, Charlie. Ya no soy yo misma.

La segunda voz que recordó era muy diferente. Estaba invitado en un palacio de Roma y acababa de darse un baño en una habitación con terraza. Salió afuera con una toalla, para secarse y contemplar la vista. Era una vista auténticamente romana, con nubes de golondrinas atravesando la luz del crepúsculo y hierbas y flores creciendo vigorosamente en cada grieta y orificio de los tejados y de las torres de las iglesias. Entonces, por encima de los tejados, oyó a un hombre gritando.

—Me niego a meter la polla en un martini —dijo y dio un portazo.

Luego oyó la risa de una mujer, aunque nunca pudo decidir si la risa era alegre o amarga. Esta tarde, oyendo las voces del arroyo, se sintió como si estuviera escuchando detrás de una puerta.

—Ese es el alcalde, el del traje gris —dijo Chisholm—. Es el peor de

todos, aunque los otros hacen lo que él les dice. Lo que nuestros enemigos tienen es un montón de dinero. Estaban sacando entre doce y catorce mil dólares diarios del lago de Beasley hasta que nosotros conseguimos la orden de detener el vertido, pero expira a medianoche.

Sears contempló al alcalde. Al parecer, juzgaba los rostros por su capacidad para contener luz. La falta de luz en un rostro —la ausencia hasta de la promesa de una luz— era lo que le hacía recordar con pena la inhumanidad del hombre para el hombre. Por supuesto, no estaba en su poder, ni era ese su temperamento, juzgar las caras de los desconocidos, pero caminando por las calles de cualquier ciudad del mundo buscaba en las caras de los desconocidos la cualidad de la luz. Buscó luz en los rostros del alcalde y sus socios cuando empezó la sesión. Había una bandera estadounidense desplegada a la izquierda de la mesa, pero no empezaron la sesión con un juramento de lealtad, sino cantando «La bandera tachonada de estrellas». La voz de una soprano operística grabada en cinta les guiaba. Sears nunca había visto nada igual, pero también es verdad que nunca había asistido a una sesión semejante.

Sears advirtió que el alcalde llevaba un traje que tenía aspecto de ser caro, pero que claramente era de una talla demasiado grande. ¿Se lo habría dado un amigo? Esto parecía improbable, ya que Sears estaba seguro de que el alcalde no podía tener amigos. Sears observó también que el alcalde era uno de esos mentirosos que hablan directamente cuando dicen la verdad, pero que dirigen sus falsedades a las uñas de su mano izquierda. Era un fenómeno que Sears había notado con frecuencia en los banqueros.

—El lago de Beasley y los terrenos circundantes —dijo el alcalde— fueron adquiridos hace año y medio y la junta de planificación de la ciudad los declaró vertedero, con la aprobación de la comisión asesora del gobernador para desechos peligrosos. Fue adquirido por la comisión de veteranos con —

esto iba dirigido a sus uñas— el único propósito de levantar un monumento a los muertos olvidados. El emplazamiento se eligió cuidadosamente. Utilizamos los exigentes criterios que usamos para todos los vertederos de desechos peligrosos. La densidad de población es conveniente. Hay una masa de agua adecuada. El suelo está firmemente asentado sobre un lecho de rocas. —Entonces levantó la mano izquierda un poco doblada y le dijo a sus uñas—: Pruebas de laboratorio exhaustivas han demostrado que la toxicidad no constituye ningún peligro.

—Debo decir —dijo Chisholm, poniéndose en pie— que no tengo nada que objetar a esta sesión ni a lo que usted ha dicho, pero ¿puedo proponer un aplazamiento hasta que se reciban los resultados de las pruebas de nuestro laboratorio?

—No hasta que yo haya terminado —repuso el alcalde—. Esta sesión ha sido convocada únicamente como cortesía para aplacar a un conservacionista de inspiración comunista, que está pagado por un viejo. El lago de Beasley es como el caudal de la filosofía estadounidense. Armoniza con la naturaleza humana. Entorpecer nuestras mejoras del lago de Beasley impide establecer una unión fructífera entre las energías de la humanidad y las energías del planeta. Intentar regular con impedimentos gubernativos la espontaneidad de esta unión la privaría de su energía natural y la pondría a merced de una burocracia paralizante y costosa, que financia el contribuyente. Nuestras mejoras del lago de Beasley son un buen ejemplo del espíritu de la libre empresa que distingue a la economía e incluso al carácter de esta gran nación.

—Todos nosotros conocemos los planes de evacuación de Janice — intervino un hombre que no había pedido la palabra, pero que se levantó y empezó a leer un papel.

Era alto y tenía el pelo gris y un rostro que, para el gusto de Sears, parecía iluminado intermitentemente.

—Ya he descrito esta sesión como una cortesía —dijo el alcalde—. Esto no tiene nada que ver con los planes de evacuación.

—La urgencia de los planes de evacuación —prosiguió el desconocido— es un asunto que puede presentarse de un día para otro, pero únicamente quiero plantear la falacia de un solo punto. Como contribuyentes, hemos pagado esos planes de evacuación y como contribuyentes aquí reunidos esta noche tenemos derecho a discutirlos.

—Eso no tiene nada que ver con el lago de Beasley.

—Su comisión para desechos peligrosos ha admitido la posibilidad de que haya contaminantes en el agua y, puesto que ello colocaría a Janice dentro de un área de peligro con una clasificación B, sin ninguna duda, está relacionado con el lago de Beasley. Pero, como digo, mi interés se limita a un solo punto de los planes. La Cámara de Comercio, la Liga de Mujeres Votantes y los Ciudadanos Inquietos de Janice han expresado sus objeciones al abandono de los presos y los inválidos y a la ignorancia general que esos planes de evacuación demuestran respecto a la topografía de Janice, las calles sin salida, los edificios inflamables y los grandes desniveles. Hay constancia de todo ello. Yo estoy aquí para protestar del párrafo siete en la cláusula dieciocho. Este párrafo prohíbe terminantemente que la gente se congregue salvo en puntos de evacuación señalados y previa citación. La idea es que si hay un elemento cancerígeno en el aire se producirán menos víctimas si la población permanece dispersa. ¿Conoce usted bien esta cláusula?

—Naturalmente —dijo el alcalde, a la defensiva—. Naturalmente.

—Los planes de evacuación admiten que, en el mejor de los casos, no será posible rescatar a más del veinte por ciento de la población. Me parece a mí que, puesto que tantos de nosotros tendremos que morir, se nos debería permitir reunirnos en algún lugar de culto y orar por la vida en el otro mundo.

—¿Quién es usted? —preguntó el alcalde.

—Soy ministro de la Primera Iglesia Unitaria que está en la ruta 328. Hablo en nombre de varios clérigos de la comunidad.

—¿Se da usted cuenta —preguntó el alcalde con vehemencia— de que la gente de esta gran nación se gasta catorce veces más dinero en alimentos para el desayuno que en contribuciones a la Iglesia? La popularidad de la Iglesia quedó sobradamente demostrada hace casi seis años, cuando un clérigo anunció un café descafeinado y la compañía quebró a los ocho meses. Puedo darle muchos ejemplos más de la mínima cantidad de nuestra renta nacional que se destina a contribuciones a la Iglesia (se gasta más en objetos pornográficos, por ejemplo), pero me limitaré al hecho de que gastamos catorce veces más en alimentos para el desayuno que en contribuciones a la Iglesia.

El clérigo se sentó. Parecía estar llorando. Chisholm volvió a pedir la palabra.

—No he terminado —dijo el alcalde—. He descrito esta sesión como una cortesía y no me he encontrado más que con alborotadores. Usted, señor Chisholm, da la casualidad de que me he enterado de ello, nunca ha servido en las fuerzas armadas de su gran país y, naturalmente, no puede comprender nuestro deseo de erigir un monumento a nuestros muertos patrióticos. A usted le gustaría, lo sé, demostrar que nuestros vertidos en el lago de Beasley contienen productos cáusticos y contaminantes. Mi padre era un honrado pescador yanqui. Era un soldado. Era un patriota. Iba regularmente a la iglesia. Era el marido de una mujer satisfecha, cariñosa y feliz y el padre de siete hijos sanos y prósperos. Si yo le hablase de productos cáusticos y de contaminantes, me diría que le hablase en inglés. «Estamos en Estados Unidos de América, hijo mío —me diría—, y quiero que hables en inglés.» «Productos cáusticos» y «contaminantes» suenan como palabras extranjeras, y estorbar con injerencias gubernativas nuestras mejoras del lago de Beasley parece el

trabajo de un gobierno extranjero.

—Desearía solicitar un aplazamiento —dijo Chisholm, lo más cortésmente posible—. Los laboratorios Marston están trabajando en las muestras que les dimos y nos han prometido un informe para el jueves.

Mientras Chisholm hablaba, el alcalde conferenciaba con los tres miembros de la junta y, cuando Chisholm terminó, dijo:

—Su solicitud ha sido denegada por una mayoría de la junta, pero, antes de concluir, quisiera leer una carta que tengo en mi poder. La carta fue escrita por su patrón, el señor Lemuel Sears, el 29 de febrero del año pasado y publicada en el periódico al día siguiente. El encabezamiento de las observaciones del señor Sears era: «¿No hay nada sagrado?». «He estado yendo a patinar en el lago de Beasley los fines de semana —escribía—, en compañía de unos cincuenta hombres y mujeres de todas las edades y, que yo sepa, de toda condición social, que parecían sentirse renovados y aliviados de las complejidades y problemas del mundo moderno gracias a unas cuantas horas pasadas alegremente sobre patines de hielo. Los descubrimientos del desprestigiado paleontólogo Gardener, quien afirmaba que el patín (o potín) fue el factor decisivo en la batalla por la supremacía entre el Homo Sapiens y el hombre primitivo, han resultado ser fraudulentos, pero ¿no es cierto que patinando sobre hielo gozamos de una sensación de ligereza que parece ser un recuerdo primitivo? El domingo pasado, llevando mis patines al lago, me encontré que había sido declarado vertedero y estaba convertido en un montón de basura, coronado por un perro muerto. Ya queda poca inocencia en el mundo, pero protejamos la inocencia del patinaje sobre hielo.» Esta carta es suya, ¿no, señor Sears?

—Sí —dijo Sears.

—De un lado tenemos el dolor de hombres y mujeres maduros y reflexivos que desean conmemorar el sacrificio de sus vidas que realizaron sus queridos

hijos y esposos por la causa de la libertad. Del otro lado tenemos esto. Se suspende la sesión.

Casi todos los que estaban en la sala, incluyendo al clérigo, miraron a Sears con desprecio.

—Había olvidado esa carta —le dijo a Chisholm.

—Ojalá la hubiesen olvidado ellos —repuso este.

Betsy Logan se acercó a ellos y Chisholm se la presentó a Sears. Era evidente que su opinión sobre él estaba prejuiciada por la carta.

—Puede que la junta municipal nos dé otro juicio oral —dijo Chisholm— si los informes del laboratorio son demoledores. Es aún demasiado pronto para perder las esperanzas. Podemos intentar hablar con el fiscal del distrito, aunque él nos remitirá a la comisión del gobernador y el gobernador está buscando contribuciones para su campaña.

Fueron casi los últimos en salir de la sala y bajar las empinadas escaleras. Betsy dio las buenas noches y un beso a Chisholm y echó a andar.

—Te llamaré en cuanto tenga noticias del laboratorio —dijo Chisholm.

Los dos hombres se dieron la mano, pero, cuando Chisholm empezó a cruzar la calle, un coche que estaba aparcado en doble fila y sin luces se lanzó a gran velocidad y golpeó a Chisholm con tal impacto que lo dejó muerto instantáneamente.

Unas horas después, en Buy Brite sonaba una música romántica cuando Betsy eligió un carrito y pasó empujándolo por delante de las frutas y verduras que eran lo primero que se encontraba al entrar. Era bien pasada la medianoche. La música era muy suave, demasiado suave para poder identificarla, pero cualquiera la reconocería como una canción de amor. Los prolongados altibajos de la melodía nunca habían significado otra cosa. Acompañada por la música de amor, Betsy empujó su carrito por la inmensidad de un mercado casi vacío, aunque inundado de luz. Se sentía triste y vengativa. Chisholm había salvado la vida de su hijo y le parecía que el mundo echaría en falta a este hombre puro y útil. Su carrito estaba vacío y en el bolsillo del impermeable llevaba un frasco de salsa Teriyaki al cual había añadido suficiente insecticida para matar a una familia. Pegado al frasco había un mensaje que decía: «Dejad de envenenar el lago de Beasley o yo envenenaré los alimentos de todos los Buy Brite». Había formado estas palabras con letras recortadas del periódico mientras su marido y sus hijos dormían.

Betsy se dirigió al pasillo en el que estaban expuestas las especias y los extractos. No podía recordar claramente dónde había encontrado la salsa Teriyaki aquella tarde lluviosa en que Maria Salazzo y ella se habían peleado. Pasó ante las estanterías de especias y extractos una y otra vez. La búsqueda de cualquier cosa, lo sabía bien, puede ser engañosa. Cuántas veces había buscado etiquetas, precios y marcas en aquel lugar que era verdaderamente una encrucijada de su tiempo. Siempre que no podía encontrar lo que iba

buscando, le parecía oír un coro de ancianas de su familia preguntando por sus gafas o sus llaves, y lamentando la pérdida de números de teléfono, direcciones y nombres. Oh, ¿dónde estaba la salsa Teriyaki? Le preocupaba la idea de que hubiesen dejado de traerla o de que se hubieran agotado las existencias. Que alguien pudiese cogerla a ella, encontrar la salsa en su bolsillo y condenarla a prisión por la amenaza de envenenar a la comunidad era, por supuesto, una preocupación absurda, pero no por ello menos intensa.

Fue del pasillo para especias y extractos al de salsa y condimentos. No recordaba que hubiera tantas. Se animó al ver algunas salsas exóticas y entonces se acordó de que había un rincón oriental entre los productos de panadería y los productos lácticos. Aquí estaban los frascos de salsa Teriyaki, y dejó su frasco envenenado en una esquina donde se viera bien. Se marchó del mercado sin que nadie le viese la cara. Se metió en la cama al lado de Henry, pero estaba demasiado excitada para poder dormir. Podía parecer que era el miedo a ser detenida lo que la mantenía despierta; pero pensaba que descubrirían la botella con el mensaje por la mañana. La prensa mundial publicaría la noticia, ya que los supermercados son una parte crucial de nuestra manera de vivir. La información aparecería en todos sitios, incluyendo Rusia y Oriente, y los vertidos en el lago de Beasley cesarían de inmediato.

No sucedió nada semejante. En el periódico de la tarde, el artículo principal hablaba de un objeto volador no identificado que había visto la esposa del jefe de policía, y de actos vandálicos en el instituto de enseñanza media. Por qué continuó Betsy con este proyecto, cuando había tantas cosas en su vida que la satisfacían, es un misterio. Su amor por Henry y los niños era total, incluso parecía trascender su propia mortalidad y, sin embargo, en el fondo había una melancolía o un ardor inagotables. Era una de esas mujeres en las que la nostalgia de un destino, una vocación, perduraba más allá de todas las satisfacciones. Al día siguiente, compró y envenenó otro frasco de salsa y,

mientras Henry dormía, hizo otro letrero y volvió a Buy Brite. Su primer frasco había desaparecido, pero puso el segundo en la estantería, compró una caja de Flotilla y regresó a casa.

—¿Dónde estabas, vida mía? —preguntó Henry cuando ella se metió en la cama—. Mi vida, ¿dónde estabas?

—No podía dormir —dijo ella— y he estado leyendo.

En el periódico de la tarde tampoco había nada excepto las habituales noticias sobre ganancias y pérdidas, y al día siguiente envenenó un tercer frasco y lo llevó al supermercado cuando Henry se quedó dormido. Al volver, se encontró a su marido despierto y enfadado.

—¿Dónde estabas? ¿Dónde demonios estabas? Te he buscado por todas partes. No estabas abajo leyendo.

Ella le calmó —era un hombre de muy buen carácter— y volvieron a la cama. En el periódico de la tarde del día siguiente vio que había tenido éxito. FAMILIA ENVENENADA EN ESTADO SATISFACTORIO, decía el titular. «La familia Grimaldo, afectada por un frasco de salsa Teriyaki envenenada, se recupera satisfactoriamente en el hospital de Janice. La persona que envenenó la salsa amenazó con envenenar los alimentos de todos los supermercados Buy Brite hasta que se ponga fin a la contaminación del lago de Beasley.» Esta vez la noticia dio la vuelta al mundo, y los vertidos en el lago de Beasley cesaron inmediatamente.

Los compañeros de profesión de Sears le respetaban por su éxito, pero quienes le conocían íntimamente —los que jugaban al bridge con él, por ejemplo— pensaban que no era demasiado inteligente. Sin embargo, gozaba de la confianza de todos y, no bien se enteró de que habían cesado los vertidos en el lago de Beasley, creó la Fundación Beasley. Esto supuso horas de trabajo

agotador con los abogados y fue uno de los proyectos más difíciles que había llevado a cabo o incluso —eso es lo que le agradaba pensar— que hubiera visto nunca realizado. La fundación estaba financiada con fondos de la delegación en Cleveland del Sistema de Intrusión de Contenedores de Ordenador. Esta subdivisión se convirtió entonces en un holding con estatuto legal de refugio fiscal y bonos a corto plazo de categoría triple A.

Solo se había llenado un tercio del lago. La parte expoliada fue dragada y se instaló un innovador sistema de aireación para curar al agua de su toxicidad. En la época sobre la que escribo, la mayoría de nuestros grandes ríos y masas de agua estaban en grave peligro, y, cuando los ingenieros de otros países venían a examinar el sistema, Sears les acompañaba a veces como guía. Su conocimiento de los idiomas era muy semejante al de un turista.

—Después de que acabaron los vertidos —se le oía decir—, nos encontramos con la eutrofización. El resultado final de un proceso de eutrofización es que el lago se convierte en un pantano o ciénaga, que acaba secándose y convirtiéndose a su vez en estiércol orgánico, carente de agua. Históricamente, la eutrofización y podredumbre de un lago requiere cientos o miles de años, pero, con el aumento de los contaminantes y productos cáusticos fabricados por el hombre, se puede lograr en poco tiempo.

A Sears le agradaba pensar que la resurrección del lago de Beasley le había enseñado a ser más humilde, pero su humildad no era muy evidente. Cuando un ingeniero que venía de visita se ofreció para ayudarle a cruzar un arroyo, él le contestó:

—No, gracias. Llevo el mismo cinturón que llevaba cuando jugaba al fútbol en la universidad.

El paisaje había recuperado su belleza. No era, en manera alguna, excepcional, pero un siglo antes hubiera podido servir de escenario para el Edén, o incluso para los campos de Eleusis, añadiéndole algunas diosas

desnudas y algunos sátiros.

—Nuestro primer paso para resolver el problema fue bombear el agua del fondo a la superficie para que absorbiera oxígeno —decía Sears—. Además de venenos, los vertidos habían aportado nutrientes químicos al agua. Esto aumentó las algas y las hierbas. Teníamos condiciones anaeróbicas en el fondo del agua, ya que estaba totalmente exenta de oxígeno. Se desprendía sulfhídrico y en lecho del lago se disolvían manganeso, hierro y fosfatos. Se produjeron ácidos orgánicos y el pH del agua disminuyó. Esto destruyó todos los crustáceos y otros animales y puso fin al ciclo biológico del lago.

»Traer agua del fondo a la superficie —continuaba— había dado buenos resultados en pequeños embalses, pero exigía considerables cantidades de potencia por unidad de volumen. Era necesario incrementar la eficacia de cada caballo de potencia, mover de diez a mil veces más cantidad de agua por caballo que con las viejas técnicas. Teníamos que reducir la tasa de burbujeo; si podíamos reducirla a menos de medio metro por segundo, se eliminaría el flujo turbulento y se crearía un efecto de elevación laminar. También teníamos que reducir el tamaño de las burbujas. Si lográbamos introducir el aire en diminutas burbujas en el fondo, no solo se disolvería el oxígeno rápidamente y se produciría el efecto de elevación laminar, sino que el cambio de las capas sería continuo y el agua fría del fondo se distribuiría por la superficie. Esto impediría el deterioro de la calidad del agua.

»Nuestros ingenieros diseñaron una tubería de plástico de pequeño diámetro con diminutos orificios en línea recta —seguía Sears sus explicaciones—. Puede verse en la oficina. La tubería era de fácil instalación y coste razonable y resolvió el problema de la formación de pequeñas burbujas. Pusimos mil quinientos metros de esta tubería de polietileno. Logramos que permaneciera en el fondo introduciendo un cable de plomo en una parte más gruesa de la pared de la tubería, en el lado opuesto de la hilera

de orificios. El diámetro de la tubería era de unos veinticinco centímetros. El tamaño y la separación de los orificios, que son válvulas de control, estaban adaptados a la profundidad del agua y a los índices de circulación deseados. La quilla de plomo introducida en la tubería era más pesada que el agua, pese al avanzado estancamiento del lago de Beasley. Luego conectamos estas tuberías a nueve compresores de cero setenta y cinco caballos con una conducción alimentadora lastrada de tres mil metros. El aire liberado por insufladores de cuatro coma cuatro cfm treinta psi remueve continuamente más de mil millones de litros de agua. Tenemos dos insufladores auxiliares por si hay un fallo mecánico. La mortandad de peces ha disminuido en dos tercios, y el mes pasado hicimos pruebas a cuatro niveles. Las pruebas mostraron temperaturas del agua de veintiocho grados y oxígeno disuelto de siete a nueve mg por litro, a todos los niveles. Hace un año esta agua era veneno. Ahora es completamente potable.

Sears hablaba con un entusiasmo que nacía de haber encontrado cierta semejanza entre la búsqueda de amor y la búsqueda de agua potable. Las aguas claras y limpias del lago de Beasley parecían haber purgado su conciencia de la convicción de que su propia lujuria era una profunda contaminación.

Los visitantes se alejaron camino de la oficina para ver los compresores y los diagramas de la tubería. Sears bordeó el lago paseando hasta el nacimiento del arroyo. Allí crecía algo de hierbabuena y rompió una hoja con los dedos. Estaban a comienzos de verano, pero el sol calentaba ya. El sonido del agua y el olor de la hoja partida le recordó su despertar con Renée una mañana. Era temprano. La primera luz de la mañana. Ella estaba entre sus brazos y olía al perfume de la noche anterior y a su propia mortalidad, a su ayer. Se había puesto rímel negro en las pestañas, lo que contrastaba con su cabello rubio. Parecían totalmente artificiales. La belleza de sus pechos ya no era la belleza de la juventud y sabía que a ella le preocupaba su tamaño. Él lo encontraba

encantador. No tenía el pelo muy largo, pero sí lo bastante para necesitar alguna sujeción, y la noche anterior se lo había recogido —podía imaginar el gesto fácilmente— y lo había sujetado con una hebilla dorada. No la había visto hacerlo, pero ahora veía la hebilla dorada y los cabellos que recogía y los mechones que se habían escapado. Besó la belleza de su cuello y acarició la suavidad de su espalda y se perdió en el placer absoluto de amar. En su caso parecía implicar cierta torpeza, como si subiera un pesado baúl por unas escaleras que se doblaran en un recodo.

El cielo estaba despejado aquella mañana y puede que todavía hubiera estrellas, aunque no las vio. Pensar en las estrellas contribuyó a la fuerza de sus sentimientos. Lo que le conmovió fue la sensación de esos mundos en torno al nuestro; por muy imperfecto que sea nuestro conocimiento de su naturaleza, tenemos la sensación de que poseen un ápice de nuestro pasado y de nuestras vidas futuras. Era esa poderosa sensación de que estamos vivos en el planeta. Era esa poderosa sensación de qué singular, en la inmensidad de la creación, es la riqueza de nuestra oportunidad. La sensación de esa hora era un privilegio exquisito, el gran regalo de vivir aquí y de renovarnos por el amor. ¡Esto parecía el paraíso!

Los Salazzo recogieron su brasero de carbón y su piscina portátil y desaparecieron. Betsy no le contó a nadie, salvo a Henry, que había amenazado con envenenar a la comunidad, y a Henry no se lo dijo hasta algún tiempo después. Pero podríais preguntar: ¿qué sucedió con los verdaderos criminales, los villanos que habían asesinado a un desinteresado ambientalista y seducido, sobornado y corrompido a los custodios del bienestar municipal? Podría parecer que no acusar a esos canallas le incriminaba a uno en el delito de complicidad por omisión. Pero esa es otra historia, y, como dije al

principio, esta es solo una historia para leerla en la cama, en una vieja casa, en una noche de lluvia.

A modo de epílogo

Apuntes para una teoría del paraíso recuperado[1]

Por Rodrigo Fresán

SALIDAS Y ENTRADAS. La funcionalidad de las obras cerradas y completas permiten, a menudo, el capricho de algunas teorías imposibles de rebatir por el dueño ausente.

Una de ellas sería la de entender las novelas de John Cheever como las diferentes escalas en una odisea mística a lo largo y ancho de sucesivos territorios terrenos pero imbuidos, siempre, de la potencia de lo mítico.

Así, *La crónica de los Wapshot* (1957) y *El escándalo de los Wapshot* (1964) podrían entenderse como la expulsión del paraíso; *Bullet Park* (1969) se ubica a la altura de un purgatorio dopado y casi sonámbulo; *Falconer* (1977) es el infierno sin concesiones del cual fugarse; y, sin lugar a duda alguna, *¡Oh, esto parece el paraíso!* —último libro publicado en vida por Cheever, apenas unos meses antes de su muerte— es el final y feliz retorno al Edén. A ese paraíso recuperado luego de tantos años vagando por el mundo y por las historias de ese mundo.

Así, *¡Oh, esto parece el paraíso!* como la coda a la sinfonía de sus ficciones: una suerte de *summa* estética y de credo existencial; un testamento y despedida que suena, paradójicamente, como la más triunfal de las oberturas, como un volver a empezar con el más regocijado de los «*Había una vez...*».

VOLVER. Y por los días en que inicia la escritura de *¡Oh, esto parece el*

paraíso! puede afirmarse sin vacilaciones que John Cheever es un sobreviviente y un triunfador. Atrás han quedado el alcoholismo, la adicción a pastillas, las sucesivas y tormentosas estadías en diversas instituciones desintoxicantes, su desordenada vida sexual y la expulsión del hogar familiar para arrastrarse por universidades en Iowa y Boston impartiendo clases caóticas ante un alumnado cuando menos desconcertado por sus curiosos y un tanto crípticos métodos de enseñanza.

Ahora Cheever no se acerca ni a frascos ni a botellas ni a cigarrillos, ha vuelto al santuario familiar en Ossining,^[2] su esposa e hijos han acabado por comprenderlo (o soportarlo con elegancia) y la hasta entonces tan desafortada como culposa faceta homosexual de su vida (su esposa Mary Winternitz Cheever se ha resignado a ella con gracia) se limita a una sentida y sentimental (y, también, un tanto utilitaria de su parte) relación con el joven Max Zimmer a quien amará a su manera y por el que será endiosado hasta el último día.

En el terreno profesional y como ya se dijo, Cheever ha alcanzado, por fin, la consagración universal y la felicidad íntima de que los demás sepan lo que él siempre supo: Cheever es uno de los grandes de la literatura estadounidense y, con su colega Saul Bellow, conforman el Yin y el Yang —lo judío y lo protestante— que narra las alegrías y padecimientos del hombre nacional.

La aparición de la novela *Falconer* en 1977 había puesto las cosas en su sitio y, al año siguiente, la monumental antología *The Stories of John Cheever* (*Cuentos*) no solo le valdrá el premio Pulitzer y el National Book Critics Circle Award y el National Book Award en su encarnación *paperback*, sino que además —algo casi impensable para un volumen de relatos— lo elevará a la cima de las listas de ventas. No demoran en llegar un doctorado en Harvard (Cheever no había terminado el colegio secundario; su expulsión inspiró su primer y ya formidable cuento «Expelled», publicado a los dieciocho años en *The New Republic*) y la prestigiosa medalla Edward McDowell «por una

sobresaliente contribución a las artes».

Sí, de pronto y luego de décadas de ser considerado una antigualla, Cheever está de moda (un anuncio de la revista *Cosmopolitan* muestra a una modelo ligera de ropa y leyendo *The Stories...*; Rolex le regala un reloj de oro al escritor a cambio de posar para un aviso), Cheever es *cool*, Cheever ha dejado de ser apenas «un escritor de *The New Yorker*», y Cheever se pasea por el mundo exhibiendo su mejor sonrisa y leyendo fragmentos de su obra con ese tan impostado como encantador acento patricio de Nueva Inglaterra.

La cuestión ahora es cómo seguir.

Lo que sí tiene claro Cheever es que quiere escribir «un gran libro»: enorme en intensiones y frondoso en páginas. Una novela «sobre un hombre viejo al que le gusta patinar sobre hielo» y «ocupándose de la soledad cósmica», les había comentado, exultante, a sus editores en Knopf.

Y en Knopf no tuvieron problema alguno en autorizar a ciegas un más que atractivo adelanto. No importaba lo que Cheever hiciera, porque lo que Cheever hiciera siempre sería Cheever.^[3]

En la privacidad de su estudio, sin embargo, la cosa no parece tan sencilla. Cheever comienza a sufrir problemas de salud: desvanecimientos epilépticos (que incluyen desde visiones místicas hasta pérdida de memoria), ataques de pánico y de llanto (en los que Cheever repite, como el Tony Nailles de *Bullet Park*, el mantra «Devuélveme las montañas»), y un tratamiento para un problema recurrente en las vías urinarias acaba revelando un tumor en su riñón derecho que no demoraría en extenderse a sus piernas y a su pecho. «Encontrarse de golpe entre miles y miles de personas rezando por una cura para esta cosa mortal no deja de ser algo extraordinario. No es algo deprimente, ni siquiera excitante. Es nada más y nada menos que una de las partes más críticas de la vida o de la aspiración de vivir», le confiará el escritor a un periodista de *The Saturday Review*. Y —más allá de todo lirismo

— de pronto, falta fuerza y se acaba el tiempo, y varias anotaciones en sus *Diarios* ponen en evidencia los temores del escritor:

Entonces ¿cuál es el miedo, el terror innominado? Es, simplemente, la pérdida de las facultades. La inteligencia, la memoria, la capacidad amatoria. Uno ha visto la enormidad de la locura. Al bajar de la bicicleta en la cima de la colina para conversar con los Z., no sé dónde estoy. Debe de ser un ataque pasajero de amnesia.

Pues bien, trato de prolongar la jornada de trabajo y desgraciadamente estoy sobreexcitado. No tengo la serenidad que creo recordar que poseía cuando escribí *Falconer*.

Ahora estoy escribiendo un cuento sobre un viejo al que le fascina patinar. Entabla una relación erótica con una joven que le recuerda el himno nacional de los partidos de béisbol, y, cuando ella le da la patada, se hace amante del ascensorista del edificio donde ella vive. La única solución que se me ocurre es que podría salvar el espejo de agua sobre el que patina. Lamento no comprender por qué sería un error escribir el cuento aquí, ya que Saratoga parece ser un territorio en disputa. Confío en comprender el paso del tiempo. Soy de esos viejos; soy como un viajero que no recuerda los arroyos que ha cruzado. No recuerda su velocidad ni su profundidad; a veces ni siquiera recuerda sus nombres. Me complace pensar que estoy preparado para volver a Saratoga y sentarme en la casita del bosque, sumido en la incertidumbre sobre quién soy y cuál es mi objetivo en la vida.

Lo que no impide que entre esas mismas páginas sombrías se puedan apreciar destellos del *work in progress*. Ahí están esas luminosas parrafadas donde ya aparece el anciano héroe Lemuel Sears:

Entonces el viejo dice: «Ninguno de vosotros tiene la edad suficiente para recordar el patetismo de una civilización acabada. Era un fenómeno pasajero, como los placeres de la luz, aunque hemos aprendido que la luz es capaz de mover mundos...».

Y destacan tres líneas que ya anticipan lo que será el tantas veces citado inicio de *¡Oh, esto parece el paraíso!*:

Es un relato para leer en la cama una noche de lluvia en una casa vieja cerca de un camino sinuoso y desierto, tal vez con vistas a las montañas y a poca distancia de un arroyo donde se pueda

pescar y nadar.

El tono y las intenciones son claras: mientras va y vuelve de hospitales intentando diversos tratamientos, Cheever está escribiendo un adiós a la vez que un resumen de sus temas y obsesiones. Una novela crepuscular que ilumine tanto como un amanecer. Un libro diferente pero que, sin embargo, complementa y corona toda una obra.

En una carta a su discípulo y amigo John Updike comenta su extrañeza ante lo que está creando: «Estoy escribiendo una novela pero me resulta difícil decirlo en voz alta o a mí mismo. Me digo si alguna vez habrás experimentado semejante sensación. Al caer la tarde, la gente me pregunta: “¿Todavía escribes?”. Y yo les respondo: “Oh, sí”. Y la respuesta parece funcionar, pero no es exactamente la verdad». Y en una entrevista con Robert G. Collins, Cheever se ríe un poco de todo el asunto: «El título será *¡Oh, esto parece el paraíso!* Lo que alarmó a todo el mundo en la editorial. Me dijeron que no se podía “publicitar” una novela con semejante título. Y yo les respondí que no había un título “publicitable” en toda la historia de la literatura desde *Cumbres borrascosas*». Días después, los *Diarios* reportan, lacónicos, que la tarea ha sido realizada:

Entonces me parece que *¡Oh, esto parece el paraíso!* está terminado. Reescribiré el relato sobre el supermercado, y todos los que me parezcan mal los fotocopiaré y trataré de que alguien me lleve a la ciudad. No quiero tomar el tren.

DESPEDIRSE. Y, de acuerdo: *¡Oh, esto parece el paraíso!* no ha resultado ser un libro grande en número de páginas, pero sí es un gran libro en todos sus otros aspectos.

Y a esto se refirió Robert M. Adams en su reseña del 29 de abril de 1982 en

The New York Times: «Si lo que John Cheever se propuso fue resolver el problema de cómo conseguir que una pequeña ficción funcionara como una ficción enorme, entonces cabe decir que lo ha conseguido [...] Aunque el lienzo en que se pinta sea reducido, no hay que confundir al producto terminado con una miniatura: el libro es amplio, impresionista, poético en forma y fondo».

La novela —o *nouvelle*, o *novella*— que llega a las librerías a principio de marzo de 1982 tiene apenas cien páginas con tipografía grande; pero su lectura y sus propuestas son las de una saga frondosa y aluvional. La portada de color verde repite el patrón tipográfico diseñado por R. D. Scudellari (que fue azul para *Falconer* y rojo para *Cuentos* y, posteriormente, en 1991, blanco para los *Diarios*).

Y la crítica repite viejos argumentos.

Pero —novedad— esta vez no se los utiliza para condenar sino para celebrar. La estructura episódica y atomizada que apenas escondía la «trampa» de varios cuentos unidos por la figura de un mismo protagonista (carga y estigma habitual a la hora de juzgar todas y cada una de las novelas de Cheever) ahora se festeja como rasgo fundamental de su estilo. Esta vez, todos los supuestos tics y defectos del escritor son celebrados por la crítica como «estilo inconfundible y único». Los escritores y discípulos Allan Gurganus y John Updike firman elogiosas reseñas. Y, claro, se insiste en el ADN de los laureles de escritores del pasado que ahora se posan sobre la cabeza de Cheever: «el mejor discípulo de Hawthorne y Melville y Fitzgerald», «el Ovidio de Ossining», «el Chéjov de los suburbios», «nuestro Trollope», «Kafka epifánico», «un Thoreau o un Emerson de la modernidad» y, finalmente, «Cheever solo se parece a Cheever». Y a la hora de las definiciones de su carácter se lo considera «un escritor satírico», «un puritano iluminado», «un trascendentalista», «un anarquista episcopal», «un moralista

lujurioso», «un anarquista suburbano».

Cheever, mucho más cauto y humilde, prefiere definir a *¡Oh, esto parece el paraíso!* como «el primer romance ecológico». Y, claro, la apreciación de Cheever es la mejor y más justa de todas. Porque la columna vertebral del libro es la de un tal Lemuel Sears —un hombre viejo pero todavía firme en su cuerpo y sus convicciones— empeñado en salvar a la laguna de su pasado y conquistar a la mujer de su futuro.

Ambas empresas no resultan sencillas. La laguna de Beasley —en las afueras de Janice, pueblo donde creció Sears— está siendo sitiada por gánsters inmobiliarios que se proponen convertirla en un vertedero. Mientras que la adorable y misteriosa y errática agente de bienes raíces Renée Herndon^[4] no deja de repetirle que «no tienes la menor idea de cómo son las mujeres» y se escabulle como agua entre sus dedos.

Y antes de alcanzar el más extraño y regocijante de los finales felices —y siguiendo una estructura coral que anticipa la de los films de Paul Thomas Anderson y Wes Anderson—,^[5] Sears superará varias pruebas y conocerá a muchas personas a lo largo del camino. Mientras tanto y hasta entonces —en el intento de rescatar su Camelot, preservar su Shangri-La y cantar a la gloria de su Xanadú privado— Sears se hundirá en la depresión de «los Balcanes del espíritu», vivirá un apasionado *affaire* homosexual con un ascensorista llamado Eduardo, se aliará con el ecologista en crisis y mártir inminente Horace Chisholm, fracasará en su terapia psicoanalítica,^[6] evocará su visita a la pitonisa ciega y centroeuropea Gallia, recordará a sus ex esposas, se relacionará con las vidas de dos familias —los infernales Salazzo y los angelicales Logan—, y participará y será testigo del rescate de un bebé perdido, así como de una bienintencionada maniobra terrorista y venenosa para salvar la limpieza de su laguna y, posiblemente, del espíritu de todos los hombres.

Y, sí, como en tantos de sus relatos, la trama de *¡Oh, esto parece el paraíso!* tiene los pies en nuestro mundo pero la cabeza en una dimensión mítica, donde los ciudadanos a menudo se comportan como antiguos reyes montando elefantes o diosas desnudas surgiendo de las aguas.

Y cualquier cosa puede suceder si se trata de restablecer el estado de las cosas y la justicia poética.

Lo que —como bien señaló Scott Donaldson en *John Cheever: A Biography*— no significa que *¡Oh, esto parece el paraíso!* se trate de un alegato nostálgico sino, por el contrario (y tal vez aquí resida su genio), de una eufórica celebración del presente y de los goces de la madurez enfrentada al futuro. De ahí —no me parece casual— que Sears sea un especialista en ordenadores y chips: un técnico en el que conviven el sabio amor por la máquina y por la carne, así como el inocente asombro ante la magia y la ciencia.

Y en la última página —como en la primera— los seres humanos se esfuman y el paisaje permanece.

Y es de noche otra vez.

Y la repetición de la primera línea en la última frase cierra el círculo y, claro, alienta a la inmediata relectura.^[7] Porque —y tal vez El Tema de Cheever sea el poder de transformarse una y otra vez— esto es lo que suele ocurrir con los milagros: jamás nos cansaremos de experimentarlos.

IRSE. Y cabe aclarar aquí que *¡Oh, esto parece el paraíso!* es el último libro de John Cheever publicado en vida pero que no es su última obra. En realidad, resulta casi imposible separar a *Esto parece un paraíso* de su hermano siamés: el guion original para televisión *The Shady Hill Kidnapping* escrito por Cheever por encargo de la Public Broadcasting System para su ciclo de

unitarios *American Playhouse* y emitido el 12 de enero de 1982 con éxito de crítica y de audiencia.[8] Y lo cierto es que Cheever —quien en más de una ocasión había despreciado ofertas varias con un «La literatura llega a donde no alcanza a llegar la cámara»— dijo sentirse más satisfecho con el guion que con la novela. Pero lo de antes: son lo mismo, son parte de un mismo momento creador.

La trama del programa unitario de televisión —imaginada en tándem con *¡Oh, esto parece el paraíso!*— insiste en la historia de Toby Wooster, un niño extraviado; aunque esta vez no pasa por un descuido sino por la variación de un supuesto secuestro. Y —como en *¡Oh, esto parece un paraíso!*— abundan las subtramas mientras se intenta reunir el dinero para pagar el rescate: policías filosofantes vigilando la estación de tren o la resistencia de un hombre a construir la piscina número 34 con forma de riñón son algunas de las viñetas inequívocamente cheeverianas puntuadas por el recurso de falsos comerciales escritos por el mismo escritor y entre los que se cuenta uno de Elixircol: ese tónico milagroso que ya había sido mencionado en el magistral relato «La muerte de Justina».

Al final —como en *¡Oh, esto parece el paraíso!*— todo termina bien y todo vuelve a la normalidad. Y alguien exclama «Esto es el paraíso: tener a tanta gente que uno ama durmiendo bajo el mismo techo»; pero la voz narradora y en *off* advierte: «No podemos desentendernos de la universal soledad de los tiempos en que vivimos».

Semanas antes de morir, al ser preguntado en una entrevista acerca de si él creía en la existencia de un Más Allá, Cheever reflexionaba: «Nunca me he hecho esa pregunta porque es algo que me parece poco importante. Lo que a mí me preocupa es sacarle todo el provecho posible al mundo en que me encuentro. Y subrayo la idea de “me encuentro”. Porque se trata de un mundo al que no llegué por casualidad o en el que yo me haya adentrado. Es un mundo

en el que me pusieron. Y darle algo de sentido y orden a este mundo siempre me ha parecido la más interesante de las empresas posibles». No resulta arriesgado entonces afirmar que *¡Oh, esto parece el paraíso!* —y *The Shaddy Hill Kidnapping*— le dan orden y sentido al mundo.

A los pocos meses de emitido el programa y publicado el libro —el 18 de junio de 1982—, Cheever falleció en su casa de Ossining y fue enterrado junto a sus antepasados (en lo que solía llamar «el agujero de la familia») en el cementerio de Norwell, Massachussets.

Fueron muchos los tributos que se le rindieron y muchos los discursos que se pronunciaron pero —por conocimiento y por afecto— destacaron los de John Updike y Saul Bellow. El primero recordó que «había algo en él que hacía que la vida pareciera un tesoro». El segundo afirmó que «su intención no fue solo hallar evidencia de una vida moral en el caos de una sociedad sino también brindarnos la poesía de ese asombroso, estupendo y ensoñador mundo en el que vivimos».

Para los que no lo conocieron ni estuvieron allí, para los que tienen ahora la oportunidad de conocerlo y acompañarlo, este libro es el paraíso. O, mejor aún, en las palabras de la oracular Gallia: *«la grande poésie de la vie»*. Lo que, supongo, significa —si se lo busca se encuentra, Cheever lo sabía mejor que nadie— que el paraíso siempre estuvo y estará y está en la Tierra. Y que, por suerte para nosotros, la obra de Cheever sigue estando en ella.

En una reciente canción de la banda estadounidense The National —«Carin at the Liquor Store»— se oye: «Camino por ahí como si fuese quien encontró a John Cheever muerto / En la casa del amor». En *¡Oh, esto parece el paraíso!* John Cheever, aunque en el momento de su escritura y publicación estuviese próximo a morir, se nos presenta sonriendo y más vivo que nunca.

Y parece decirnos eso de «Mi casa es su casa».

Y nos abre las puertas para que entremos.

Y, sí, su casa, la casa del amor, oh, parece el paraíso.

ADIÓS. En uno de sus últimos relatos, «Las joyas de los Cabot», Cheever le hace decir al narrador —uno de sus recurrentes alter-egos— que «ahora mi verdadero trabajo consiste en escribir una edición de *The New York Times* que traiga alegría a los corazones de los hombres. ¿Acaso podría imaginar una ocupación mejor?».

Misión cumplida.

Aquí está.

«La última novela de Cheever, el “Chéjov norteamericano”, un testamento sereno donde un hombre a las puertas de la vejez se agarra a la existencia cuando acecha el fin del amor y de la vida»



En un idílico pueblo de los Estados Unidos, Lemuel Sears, que está a un paso de la vejez, mantiene intacta la capacidad de enamorarse perdidamente de hombres y mujeres desconocidos. Su historia es la de un romántico que en el ocaso de su vida reúne las fuerzas para abrir la puerta a la homosexualidad y para iniciar una batalla legal contra los especuladores que contaminan el lago de su pueblo.

Cheever escribió esta última novela antes de morir, una historia luminosa que revela un testamento sereno, alejado de la amargura que marcó su obra, una coda vitalista que reivindica la capacidad del individuo para tenerse en pie cuando todo invita a entregarse a la gravedad.

«Cheever es un realista encantado y su voz, en sus relatos luminosos o sus incomparables novelas, es tan rica y distintiva como cualquiera de las principales voces de la literatura estadounidense de posguerra.»

PHILIP ROTH

«Uno tiene la sensación de leerlo de que, además de saberlo todo sobre sus personajes, lo sabe todo sobre nosotros, sus lejanos lectores. John

Cheever es indudablemente uno de los grandes.»

El País

John Cheever (Quincy, Massachusetts, 1912 – Ossining, Nueva York, 1982) es uno de los escritores estadounidenses más destacados del siglo XX. Con apenas veinte años empezó a escribir relatos en *The New Yorker* con un éxito inmediato que le llevó a ser conocido como «el Chéjov de los barrios residenciales» por la maestría con la que retrató el espejismo del sueño americano, buscando siempre algo de luz entre el caos, y el desencanto y la melancolía. Autor también de una sólida obra novelística, destacan *La crónica de los Wapshot* (National Book Award, 1958), *El escándalo de los Wapshot* (publicados por DeBolsillo en el ómnibus *Los Wapshot*), *Bullet Park*, *Falconer* y *¡Oh, esto parece el paraíso!* Sus *Diarios* y sus *Cartas* forman parte también de una obra monumental que le mereció el Premio Pulitzer en 1979 y la Medalla Nacional de Literatura en 1982, poco antes de morir.

Título original: *Oh What a Paradise It Seems*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 1977, John Cheever. Todos los derechos reservados

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Maribel de Juan, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Fotografía de portada: © Carmen Segovia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4529-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Posfacio a la edición de Emecé (2003), revisado y ampliado.

[2] Localidad que, nada es casual, es escogida como residencia del muy cheeveriano Don Draper en la primera temporada de la serie televisiva *Mad Men*.

[3] Lo que no impidió que, con el paso de los meses, la situación se complicara. El biógrafo Blake Bailey cuenta en su monumental *Cheever: Una vida* (2009, en Duomo) que pronto quedó claro para los editores que la «gran novela» prometida se había convertido en un «cuento largo». Lo que se tradujo en una incómoda y compleja revisión del contrato de Cheever por lo que la editorial suponía iba a ser un «libro importante». Las exigencias de Knopf (quien entonces demandó a cambio del por aquella época cuantioso anticipo de medio millón de dólares un segundo libro) primero indignaron a Cheever; pero a los pocos días su furia disminuyó diciéndose que, de no haber sido por la insistencia de Robert Gottlieb en cuanto a la reedición de sus relatos, él ni siquiera estaría en situación de protestar. También, cabe suponerse, Cheever presentía que sus días estaban contados y que, finalmente, nada de eso acabaría importando demasiado.

[4] Habitual fémica fatal en sus ficciones y, aquí, cordial venganza/homenaje de Cheever: El personaje está inspirado en la actriz Hope Lange —por entonces casada con el director de cine Alan J. Pakula— con quien Cheever tuvo un tumultuoso e intermitente amorío desde finales de los años sesenta hasta mediados de los setenta manteniendo una elegante amistad hasta su muerte.

[5] ¡Oh, esto parece el paraíso! remite también —cinematográficamente hablando— a ciertos líricos disparates de los hermanos Coen y puede ser disfrutada casi como una versión plácida de las pesadillas despiertas de David Lynch.

[6] Como Cheever en 1969, quien —alcohólico— apenas acudirá a nueve

sesiones donde se dedicará a mentir con alegría.

[7] Semejante maniobra formal —supone el biógrafo Blake Bailey— fue la concesión que hizo John Cheever respecto a la observación de su editor Robert Gottlieb en cuanto a que el libro, aunque «hermoso», no cerraba del todo y que necesitaba de la resolución de «un último movimiento». Cheever le respondió enseguida y brevemente con una de sus características y epifánicas parrafadas donde se hablaba sobre la imposibilidad de atar cabos sueltos que, quizá, se resuelvan en «otra historia».

[8] *The Shady Hill Kidnapping* —protagonizado por Celeste Holm y dirigido por Paul Bogart y con una duración de sesenta minutos— ha sido editado en formato VHS por Thirteen WNET New York para la serie Broadway Theatre Archive y se puede adquirir a través del site www.BroadwayArchive.com

Índice

¡Oh, esto parece el paraíso!

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

A modo de epílogo

Apuntes para una teoría del paraíso recuperado

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

Notas